

Las nuevas geografías de la pobreza y la desigualdad y las metas de desarrollo global post-2015

José Antonio Sanahuja

Instituto Complutense de Estudios Internacionales (ICEI)



El ascenso del Sur y la nueva economía política del desarrollo, la pobreza y la desigualdad global

Desde los años noventa, los países emergentes han disfrutado de un largo ciclo de crecimiento económico que ha reducido notablemente la distancia que les separaba de los países avanzados. Este proceso de convergencia responde a los cambios que ha experimentado la economía política global, y en particular a las intensas dinámicas de transnacionalización económica, a la aparición de cadenas productivas globales, y a los fuertes flujos de inversión extranjera que se han dirigido a las economías emergentes a lo largo de las últimas décadas. Desde 2008, este proceso se ha visto acelerado por la crisis económica mundial, que ha golpeado a los países más ricos sin que se detuviera el crecimiento de las economías emergentes, acelerando aún más la convergencia de renta entre unos y otros.

En una aparente paradoja, las diferencias de renta entre países se reducen, pero aumenta la desigualdad en su interior

Lo anterior tiene también importantes implicaciones en la economía política global: más allá del fuerte crecimiento económico de las últimas décadas, algunos países emergentes se reconocen a sí mismos como nuevas potencias, y como revela su incorporación al G-20 y el abandono de un desacreditado y poco efectivo G-7, la crisis económica global también propició un (tardío) reconocimiento de ese nuevo estatus por parte de los países más ricos. De igual manera, ese proceso de desplazamiento del poder y la riqueza de Occidente al Oriente, y de Norte a Sur —que un informe de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE) denomina *shifting wealth*—ha dado mayor relevancia económica a Asia y a la cuenca del Pacífico, frente a la tradicional hegemonía del área noratlántica¹. Algunos datos dan idea del alcance de ese proceso: en el decenio de 2000, 83 países en desarrollo tuvieron tasas de crecimiento del PIB que duplicaban a las de países de la OCDE, mientras que en la década anterior solo fueron 12. De 1980 a 2010 la participación de los países del Sur en el PIB global pasó de 33% a 45%, en el comercio mundial de bienes de 25% a 45%, y el comercio Sur-Sur de 8% a 26% del total. Se proyecta que para 2050 Brasil, China e India en conjunto representarán el 40% de la producción mundial ajustada a la paridad del poder adquisitivo (PPA) (OCDE 2012b: 17, PNUD 2013: 13-14).

Estos cambios también tienen importantes dimensiones sociales. El ascenso de los países emergentes, en especial en Asia, también ha supuesto la rápida irrupción en la economía mundial de unos 1.500 millones de trabajadores con salarios bajos, pero en ascenso, que también empiezan a ser consumidores. Ello está teniendo visibles efectos en las pautas de producción y consumo, el empleo, la distribución de la riqueza y los indicadores de renta de todo el mundo. En 50 países emergentes, en el decenio de 2000, la renta per cápita promedio creció 3,5% anual, y algunos, como China e India, han duplicado su renta per cápita en menos de veinte años, una transformación que afecta a cien veces más personas que la Revolución Industrial. Se estima igualmente que entre 2025 y 2030 unos 3.000 millones de personas con rentas per cápita entre 10 y 100 dólares diarios —la “clase media mundial”— vivirá en países en desarrollo, y se ubicarán en el Sur tres quintas partes de los mil millones de hogares con una renta anual superior a 20.000 dólares per cápita. Ello también altera radicalmente las tradicionales divisiones y jerarquías entre el Norte y el Sur, y transforma profundamente las geografías de la pobreza y la desigualdad.

Este capítulo aborda los cambios que se han producido en esas geografías y su relación con los procesos de globalización y con el ascenso de los países emergentes. Para ello se examina, en primer lugar, en qué medida se han logrado las metas de reducción de la

¹ La bibliografía sobre este asunto es ya ingente. Véanse, entre otros, Khanna 2009 o Mahbubani 2009; el ya citado informe de la OCDE 2010, y el informe 2013 sobre desarrollo humano *El ascenso del Sur* (PNUD 2013).

pobreza extrema previstas en los Objetivos de Desarrollo del Milenio (ODM) a dos años de que en 2015 se cierre el plazo previsto para alcanzarlos. Como se verá, uno de los efectos más importantes de la nueva “gran transformación” que ha vivido la economía política global es la intensa reducción de la pobreza extrema que se ha producido en los países en desarrollo, en particular en el decenio de 2000, que a su vez ha contribuido a una fuerte reducción de la incidencia de la pobreza global.

En segundo lugar, se examina la evolución de la desigualdad global, mostrando cómo en una aparente paradoja las diferencias de renta entre países se reducen, pero aumenta la desigualdad en su interior, tanto en los países emergentes como en el seno de las sociedades avanzadas. Ambas tendencias, como se destaca en una sección posterior, suponen un viraje histórico respecto a lo ocurrido en la segunda mitad del siglo XX, poniendo en cuestión tanto las tradicionales divisorias Norte-Sur, como los “pactos sociales” de posguerra, sobre los que se cimentan las sociedades avanzadas.

Finalmente, el capítulo analiza las implicaciones de estos procesos para la redefinición de las agendas del desarrollo global y la cooperación internacional tras el año 2015, alegando que junto a las tareas pendientes en la lucha contra la pobreza extrema, esas agendas tendrán también que abordar otros problemas de pobreza hasta ahora no contemplados y, sobre todo, ser más exigentes en materia de reducción de las desigualdades.

La reducción de la pobreza extrema y los Objetivos de Desarrollo del Milenio (ODM)

En 2000 la comunidad internacional adoptó los denominados Objetivos de Desarrollo del Milenio (ODM), entre los que el más relevante es la reducción de la tasa de pobreza extrema a la mitad entre los años 1990 y 2015. A la hora de definir esa meta, al igual que se hace en estas páginas, se partió de las categorías de pobreza y de pobreza extrema más ampliamente aceptadas tanto en la academia como en los organismos internacionales. La situación de pobreza extrema o miseria supone un nivel de ingresos inferior al coste, en precios locales, de los alimentos necesarios para la subsistencia. La situación de pobreza general supone un nivel de ingresos inferior al coste de la “cesta” de bienes y servicios necesaria para cubrir las necesidades básicas. Según los cálculos del Banco Mundial, utilizados para dar seguimiento a las metas de reducción de la pobreza de los ODM, el umbral de ingresos de la pobreza general es de 2 dólares per cápita diarios, y el de pobreza extrema es 1,25 dólares, en ambos casos ajustados a la PPA. Este último umbral era de 1 dólar

diario, pero el Banco Mundial lo revisó al alza para contemplar el aumento de los precios de los alimentos desde 2007. Con los nuevos cálculos, como afirman Chen y Ravallion (2010), “el mundo resultó ser más pobre de lo que se pensaba, pero no menos exitoso en la reducción de la pobreza”.

Junto a la reducción de la tasa de pobreza extrema, los ODM incluyeron metas en cuanto a la reducción del hambre, la mortalidad infantil y materna, la lucha contra el VIH y el sida y otras enfermedades graves, la mejora del acceso al agua potable, el saneamiento y las condiciones de vida en los tugurios y barrios marginales, la cobertura universal de la educación primaria, la equidad de género, la conservación del medio ambiente y el desarrollo sostenible. Finalmente, los ODM también contemplaban un “asociación global para el desarrollo” en la que los países pobres tratarían de mejorar su gobernanza y sus políticas internas en favor de la reducción de la pobreza, y los más ricos deberían adoptar políticas y facilitar los recursos necesarios para lograr esas metas, en materia de aumento y mejora de la calidad de la ayuda al desarrollo, reducción de deuda, transferencia de tecnología, y mayores oportunidades comerciales para los países en desarrollo.

En 2010, cinco años antes de lo previsto, se habría logrado reducir a la mitad de la tasa de pobreza extrema de 1990

Desde su aparición ha habido un intenso debate sobre la significación política de los ODM. Por una parte, se ha alegado que representaban una incipiente “agenda social de la globalización” que trató de dar respuesta al legado de pobreza y desigualdad de la crisis de la deuda de los años ochenta y a las consecuencias sociales de dos décadas de aplicación de políticas de apertura de orientación neoliberal. Esos hechos, unidos a las crecientes protestas sociales contra la globalización neoliberal y el Surgimiento de un fuerte movimiento alter mundialista, parecían hacer necesario un gran “pacto global” con políticas dirigidas específicamente a lograr objetivos globales de desarrollo social, estableciendo un marco multilateral como “norma” común para la ayuda al desarrollo y las políticas de cooperación internacional. Sin embargo, también se ha señalado que se trataría de una agenda de mínimos, circunscrita a la pobreza extrema y a las necesidades más elementales, con plazos poco exigentes y sin obligaciones reales en cuanto a los medios a desplegar, más allá de la vieja y desacreditada demanda de elevar la ayuda al 0,7% del PIB de los países ricos. Según algunas críticas, su papel primordial sería legitimar el proyecto neoliberal de globalización, que en lo esencial los ODM no cuestionaban. Finalmente, los ODM darían una renovada legitimidad a las políticas de ayuda, respondiendo al severo cuestionamiento que habrían sufrido desde el final de la Guerra Fría en cuanto a su racionalidad y eficacia (Sanahuja 2007).

Más allá de este debate, lo cierto es que los ODM establecían, por primera vez, metas cuantificables y un calendario preciso para dar

seguimiento y evaluar sus logros. Como “norma” multilateral, aun sin carácter vinculante, han dado impulso a un ciclo de 25 años de política global de desarrollo centrada en la lucha contra la pobreza, y cuando el año 2015 está ya cerca es pertinente valorar, en primer lugar, cuanto se ha avanzado en pos de ese objetivo.

En lo referido a la pobreza extrema, en marzo de 2012 el Banco Mundial difundió una importante noticia. Basándose en los cálculos más recientes sobre la incidencia de la pobreza global, este organismo concluyó que en 2010, cinco años antes de lo previsto, se habría logrado alcanzar la más importante de las metas de los ODM: la reducción a la mitad de la tasa de incidencia de la pobreza extrema de 1990 para el año 2015 (ver cuadros 1 a 3)².

Los avances, además, han sido particularmente rápidos desde mediados del decenio de 2000. Desde que en 1981 el Banco Mundial empezó a realizar el cómputo de la población mundial en situación de pobreza, en el periodo 2005-2008, por primera vez, los datos indican una disminución tanto en la tasa de pobreza como en el número total de pobres en las seis regiones del mundo en desarrollo. Se estima que en la década de 2000 la tasa de pobreza extrema descendió a un ritmo del 1% anual, y ese descenso no se detuvo a pesar del impacto negativo del aumento de los precios de los alimentos de 2007 a 2010 (Chen y Ravallion 2012: 2; Banco Mundial 2012: 2). En su informe de 2012 sobre los Objetivos del Milenio, Naciones Unidas (2012: 4) también señalaba que “A tres años del plazo fijado podemos informar de que se han logrado grandes avances en la consecución de los ODM”.

Se trata de un hecho extraordinariamente positivo que, sin embargo, no debiera conducir a la autocomplacencia. En gran medida, se debe al progreso económico de los países emergentes más poblados –Brasil, China e India– y a su éxito en la lucha contra la pobreza extrema. Entre 1990 y 2010 Brasil ha pasado del 17,2% al 6,1% de la población; China, del 60,2% al 13,1%; e India, del 49,4% al 32,7% (PNUD 2013: 13).

En otras metas de desarrollo contempladas por los ODM hay también logros importantes: junto a las metas de pobreza extrema, en 2010 se habrían logrado también las referidas a acceso a agua potable, mejora de las condiciones de vida en tugurios, así como la paridad en la enseñanza primaria para niñas y niños. Había avances importantes en la universalización de la enseñanza primaria, la supervivencia infantil y el tratamiento del VIH y el sida, la tuberculosis y el paludismo. Sin embargo, al ritmo presente no se alcanzarán en 2015 las metas globales referidas a la reducción del hambre, el empleo

² Banco Mundial, “El Banco Mundial percibe avances en la lucha contra la pobreza extrema, pero advierte sobre vulnerabilidades”, comunicado de prensa n° 297/2012/DEC, 28 de febrero, y The Economist 2012a.

decente, el descenso de la mortalidad materna, y la igualdad de género y empoderamiento de la mujer (Naciones Unidas 2012: 4).

Por todo ello, esas metas seguirán teniendo relevancia, por mucho que en 2015 dejen de estar vigentes como objetivos globales de desarrollo. Que para esa fecha, según las proyecciones del Banco Mundial, en torno a 1.000 millones de personas continúen en situación de pobreza extrema y/o que padezcan hambre, seguirá siendo un imperativo político y ético para la comunidad internacional que no puede ser soslayado.

Si se desagregan los datos globales de reducción de la pobreza, hay importantes disparidades por países y regiones, con significativos rezagos, y un buen número de países no lograrán alcanzar ese objetivo en 2015. Por regiones la reducción de la pobreza más acusada se observa en Asia oriental y el Pacífico, en la que entre 1981 y 2008 la tasa de pobreza extrema disminuyó cayó 63 puntos, de 77,2% a 14,3% de la población total, pasando de 1.096 a 284 millones de personas en esa situación (véanse los cuadros 1 a 4). Como se indicó, es en China donde esa reducción fue más marcada. En este país la tasa de pobreza extrema descendió en ese periodo de 84% a 13% de su población. Solamente en China, en los últimos 25 años han salido de la miseria 660 millones de personas. En términos globales, si se excluye China, las cifras no son tan favorables, pues el número total de personas en situación de pobreza extrema se ha mantenido en torno a los 1.100 millones de personas.

Solamente en China, en los últimos 25 años han salido de la miseria 660 millones de personas

Como consecuencia de lo anterior, si en los años ochenta la pobreza era un fenómeno ligado sobre todo a Asia oriental, en la actualidad está radicada en Asia Meridional y África Subsahariana. En conjunto, estas dos regiones concentran ya dos terceras partes de la pobreza extrema mundial —lo que se ha denominado *the bottom billion*—, y más de tres cuartas partes de la población mundial en situación de pobreza.

En Europa Central y Asia Central y el Mediterráneo y el Norte de África las metas de reducción de la pobreza extrema se han alcanzado antes del plazo de 2015. No ocurre así en Asia Meridional y en África Subsahariana. En Asia meridional, la insuficiente reducción de la tasa de pobreza extrema también significa que el número total de personas pobres, por efecto del crecimiento demográfico, se haya mantenido invariable en los últimos veinte años en torno a 570 millones de personas.

Cuadro 1
Evolución de la tasa de pobreza extrema, total y por región
(1981-2008)

Región / país	1981	1987	1990	1996	1999	2005	2008
Asia oriental y Pacífico	77,2	54,1	56,2	35,9	35,6	17,1	14,3
China	84	54	60,2	36,4	35,6	16,3	13,1
Europa del Este y Asia Central	1,9	1,5	1,9	3,9	3,8	1,3	0,5
América Latina y el Caribe	11,9	12	12,2	11,1	11,9	8,7	6,5
Oriente M. y Norte de África	9,6	7,1	5,8	4,8	5	3,5	2,7
Asia Meridional	61,1	55,3	53,8	48,6	45,1	39,4	36
África Subsahariana	51,5	54,4	56,5	58,1	58	52,3	47,5
Total	52,2	42,3	43,1	34,8	34,1	25,1	22,4
Total sin China	40,5	38,1	37,2	34,3	33,6	27,8	25,2

Cifras calculadas a partir de la "nueva" línea de pobreza extrema o miseria de 1,25 dólares persona/día, ajustada a la paridad del poder adquisitivo (PPA), a precios de 2005.

Fuente: Banco Mundial.

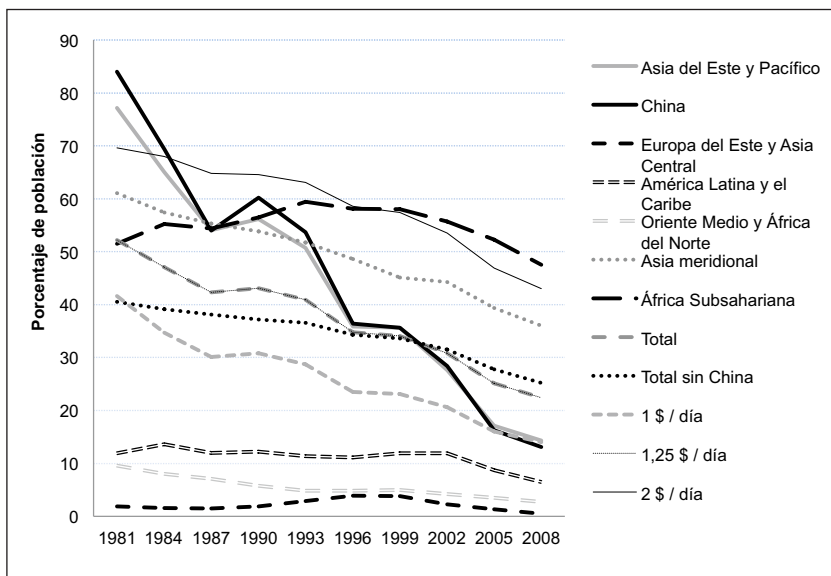
Cuadro 2
Evolución del número de personas en la pobreza extrema,
total y por región
(1981-2008, en millones de personas)

Región / país	1981	1987	1990	1996	1999	2005	2008
Asia oriental y Pacífico	1.096,5	8.47,6	926,4	639,7	655,6	332,1	284,4
China	835,1	585,7	683,2	442,8	446,3	211,9	173,0
Europa del Este y Asia Central	8,2	6,8	8,9	18,2	17,8	6,3	2,2
América Latina y el Caribe	43,3	49,3	53,4	53,6	60,1	47,6	36,8
Oriente M. y Norte de África	16,5	14,6	13,0	12,3	13,6	10,5	8,6
Asia Meridional	568,4	593,0	617,3	630,8	619,5	598,3	570,9
África Subsahariana	204,9	256,8	289,7	349,4	376,8	394,9	386,0
Total	1.937,8	1.768,2	1.908,6	1.704,0	1.743,4	1.389,6	1.289,0
Total sin China	1.102,8	1.182,5	1.225,5	1.261,2	1.297,0	1.177,7	1.116,0

Cifras calculadas a partir de la "nueva" línea de pobreza extrema o miseria de 1,25 dólares persona/día, ajustada a la paridad del poder adquisitivo (PPA), a precios de 2005.

Fuente: Banco Mundial.

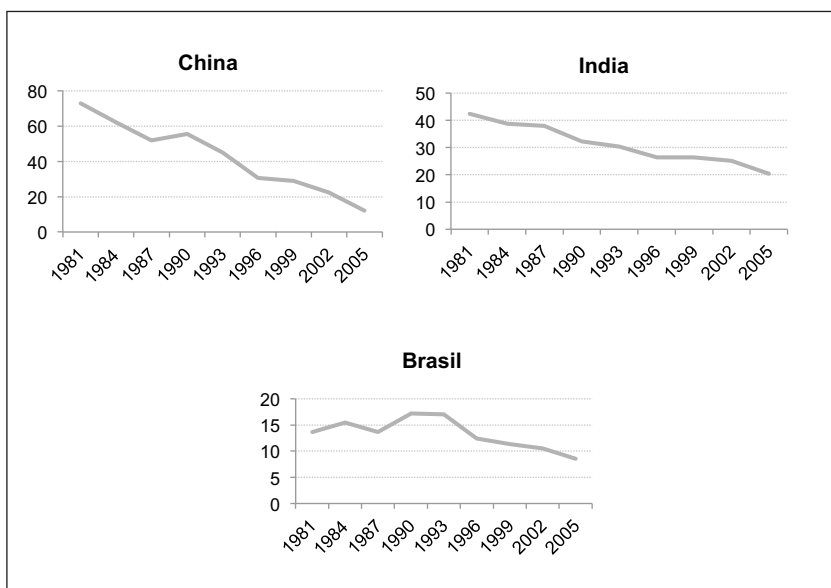
Cuadro 3
Evolución de la pobreza mundial 1981-2008, global y por regiones (umbral de 1,25\$ de 2005 PPA)



Fuente: Banco Mundial

La situación más preocupante se observa en África Subsahariana, que es la región más alejada del cumplimiento de los ODM

Cuadro 4
Evolución de la tasa de pobreza extrema en China, India y Brasil (1981-2008)



Fuente: Banco Mundial

La situación más preocupante, sin embargo, se observa en África Subsahariana, que es la región más alejada del cumplimiento de los ODM. En los últimos treinta años, solo ha logrado reducir la tasa de pobreza extrema en algo más de tres puntos, cerca de la mitad de la población total, y el número total de personas aumentó de 204 a 386 millones.

Como región, América Latina y el Caribe también presenta un panorama positivo, y de mantenerse las tendencias logrará alcanzar las metas de reducción de la pobreza extrema y el hambre, la mortalidad infantil y el acceso al agua potable. No obstante, hay países — Bolivia, Haití, Honduras, Nicaragua y Paraguay— que no alcanzarán los objetivos de pobreza, y la región en su conjunto tampoco alcanzará las metas de educación primaria, igualdad de género, descenso de la mortalidad materna, salud reproductiva y sostenibilidad ambiental (Naciones Unidas 2013: 13).

Como región de renta media (PRM) caracterizada por una elevada desigualdad, una significativa proporción de la población latinoamericana se encontraba en situación de pobreza extrema. Los ODM planteaban, por ello, metas necesarias, pero no pueden ser consideradas suficientes. De hecho, la agenda de los ODM respondía en mayor medida a la realidad de los países de renta baja y a los menos adelantados (PMA) en África o Asia. Interpretados en ocasiones de forma reduccionista, los ODM responden a los problemas de desarrollo de América Latina de forma parcial y limitada, dado que en ella la pobreza extrema no es consecuencia de la falta de recursos, sino de factores que los ODM dejaron al margen, como la desigualdad y la exclusión, y sus factores causales, como las debilidades institucionales y la “economía política del mal gobierno” de la que se han beneficiado las élites tradicionales (Sanahuja 2011).

Por otro lado, la agenda de los ODM pone el acento en las transferencias de ayuda como instrumento clave de la financiación del desarrollo y la inversión social. Sin embargo, en la mayor parte de América Latina la ayuda para sostener programas sociales ha ido perdiendo relevancia. En particular, los países de renta media-alta (PRMA), pueden recurrir a otras fuentes de financiación externa, y como se resalta más adelante, cuentan con suficiente espacio fiscal para movilizar recursos internos, a través de programas que aúnan redistribución e inversión social. Ello revela que más allá de los ODM, esta región ha asumido metas más amplias de reducción de las desigualdades, lo que debería ser tenido en cuenta de cara a las agendas de desarrollo global posteriores a 2015.

Los importantes avances que se han registrado en la reducción de la pobreza extrema a escala global plantean una pregunta obvia: ¿Adonde han ido todas aquellas personas que han dejado de estar en la miseria? En una gran mayoría siguen siendo pobres, según la definición del Banco Mundial basada en una línea de pobreza de 2 dólares diarios por persona (véanse los cuadros 5 a 8).

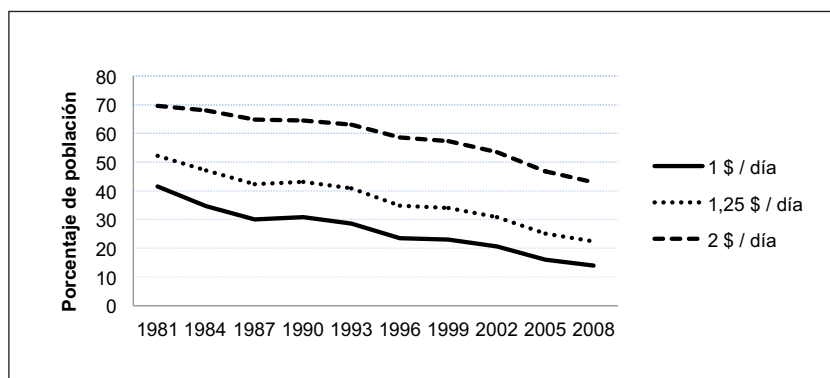
Cuadro 5
Evolución de la tasa de pobreza a partir de distintas líneas de pobreza (1981-2008)

	1981	1987	1990	1996	1999	2005	2008
1 \$ persona / día	41,6	30,1	30,8	23,5	23,1	16	14
1,25 \$ persona / día	52,2	42,3	43,1	34,8	34,1	25,1	22,4
2 \$ persona / día	69,6	64,8	64,6	58,6	57,4	46,9	43,0

Fuente: Banco Mundial

El ascenso social y político de las clases medias constituye una de las principales dinámicas de cambio en los países en desarrollo

Cuadro 6
Evolución de la pobreza mundial 1981-2008, por umbrales (\$2005 PPA)



Fuente: Banco Mundial

Esto no quiere decir que no haya habido un amplio desplazamiento de población hacia estratos superiores, pues uno de los procesos de cambio social más relevantes en la última década es el aumento de lo que se ha denominado “las nuevas clases medias” en los países emergentes, aunque en los países emergentes “clase media” es un concepto que no tiene el mismo significado en términos de renta o de acceso a servicios sociales que en los países ricos (OCDE 2012b: 104). Se trata de hogares y personas con unos ingresos diarios per cápita ajustados a la paridad del poder adquisitivo de entre 2 y 10 dólares. Este grupo ha pasado de ser una cuarta parte a aproximadamente la mitad de la población de los países en desarrollo, con un total de unos 3.500 millones de personas en todo el mundo, si bien ese crecimiento no es tan pronunciado si se deja a China fuera de la ecuación. Si se examina con más detalle, entre 1990 y 2010 la franja de población con ingresos de entre 2 y 4 dólares ha pasado de unos 700 a unos 1.400 millones de personas, y la que se sitúa entre 5 y 10 dólares ha pasado de 400 millones a 1.100 millones (Kharas 2010, Sumner 2012c).

El ascenso social y político de estos grupos constituye una de las principales dinámicas de cambio en los países en desarrollo. Ello plantea nuevas demandas sociales y políticas, y en particular en el acceso y la calidad de la salud, la educación, la protección social, o la seguridad ciudadana, y en general los derechos y deberes asociados a la ciudadanía efectiva. Al tiempo, supone nuevos riesgos asociados a la pobreza. Esos riesgos derivan de la fragilidad de estos grupos —en particular esos 1.400 millones de personas con escasos activos productivos y cuyos ingresos, entre 2 y 4 dólares, no los hacen pobres pero sí vulnerables— ante crisis económicas que supongan caídas del empleo y los ingresos reales, lo que podría empujarles de nuevo por debajo de la “línea de pobreza”, como ya ocurrió en la crisis de los ochenta, en el que sufrieron un rápido proceso de empobrecimiento (López-Calva y Ortiz-Juárez 2011, Sumner 2012c).

Volviendo a las cifras de pobreza no extrema, lo más relevante es que a escala agregada la tasa de incidencia y las cifras globales de pobreza regular o no extrema han permanecido prácticamente sin variación. La reducción de la tasa de pobreza regular es atribuible, en gran medida, a la reducción de la pobreza extrema que se incluye en esa cifra. En términos del cómputo de personas, entre 1981 y 2008 el número total de pobres descendió de 2.585 a 2.471 millones de personas.

Cuadro 7
Evolución de la tasa de pobreza, total y por región
(1981-2008)

Región / país	1981	1987	1990	1996	1999	2005	2008
Asia oriental y Pacífico	92,4	81,6	81,0	64,0	61,7	39,0	33,2
China	97,8	83,7	84,6	65,1	61,4	36,9	29,8
Europa del Este y Asia Central	8,3	6,3	6,9	11,2	12,1	4,6	2,2
América Latina y el Caribe	23,8	22,4	22,4	21,0	22,0	16,7	12,4
Oriente M. y Norte de África	30,1	26,1	23,5	22,2	22,0	17,4	13,9
Asia Meridional	87,2	84,5	83,6	80,7	77,8	73,4	70,9
África Subsahariana	72,2	74,3	76,0	77,5	77,5	74,1	69,2
Total	69,6	64,8	64,6	58,6	57,4	46,9	43,0
Total sin China	59,3	58,2	57,7	56,4	56,1	49,9	47,0

Cifras calculadas a partir de la línea de pobreza de 2 dólares persona/día, ajustada a la paridad del poder adquisitivo (PPP), a precios de 2005.

Las regiones con tasas de cobertura de las encuestas inferiores al 50% aparecen remarcadas.

Fuente: Banco Mundial.

Salvo en China, se ha tenido más éxito en combatir la pobreza extrema que el problema más general de la pobreza

Cuadro 8
Evolución del número de personas en la pobreza,
total y por región (1981-2008)
(en millones de personas)

Región / país	1981	1987	1990	1996	1999	2005	2008
Asia oriental y Pacífico	1.312,9	1.279,0	1.333,8	1.139,9	1.137,6	757,5	659,2
China	972,1	907,1	960,8	792,1	769,7	481,6	394,6
Europa del Este y Asia Central	35,7	28,8	31,9	52,8	57,0	21,7	10,4
América Latina y el Caribe	86,6	92,2	97,6	101,7	111,4	91,7	70,5
Oriente M. y Norte de África	51,8	53,9	52,9	57,1	59,8	52,7	44,4
Asia Meridional	810,6	905,9	958,8	1.047,3	1.068,8	1.113,1	1.124,6
África Subsahariana	287,6	350,4	389,2	466,0	503,3	559,1	562,3
Total	2.583,3	2.710,2	2.864,1	2.864,8	2.937,9	2.595,8	2.471,4
Total sin China	1.613,2	1.803,1	1.903,3	2.072,7	2.168,2	2.114,2	2.076,8

Cifras calculadas a partir de la línea de pobreza de 2 dólares persona/día, ajustada a la paridad del poder adquisitivo (PPPA, a precios de 2005).

Las regiones con tasas de cobertura de las encuestas inferiores al 50% aparecen remarcadas.

Fuente: Banco Mundial.

Por regiones se observa, igualmente, una evolución dispar. Asia-Pacífico y en particular China han logrado reducir la población en esa situación en torno a la mitad, con el impresionante resultado de en torno a 60 puntos porcentuales de reducción en la tasa de pobreza en ambos casos. Como en el caso de la pobreza extrema, los mayores avances se han dado en China. Pero si se excluye a China del cómputo mundial, las cifras incluso han aumentado, y en ese periodo el número total de personas pobres pasó de 1.613 a 2.077 millones. Las cifras totales de pobres han permanecido con pocas variaciones en América Latina y Oriente Próximo y Norte de África, y han registrado un fuerte aumento en Asia Meridional y en África subsahariana. En esta última región, la tasa de pobreza solo ha descendido algo más de dos puntos en treinta años, y la población pobre se ha duplicado, pasando de 287 a 562 millones de personas. En Asia Meridional, pese a una reducción algo mayor de 11 puntos porcentuales, el número de pobres aumentó de 810 a 1.124 millones.

Lo que todo esto indica es que salvo en el caso de China, en el resto del mundo se ha tenido más éxito en combatir la pobreza extrema, conforme a las metas de los ODM, que en hacer frente al problema más general de la pobreza, no contemplado en esas metas.

Hay que recordar que el análisis realizado hasta ahora se basa en una particular aproximación a la pobreza, de carácter económico, basada en los indicadores de renta compilados por el Banco Mundial. No es este el lugar para analizar en detalle el problema de los indicadores y la medición de la pobreza, pero se trata, sin duda, de una cuestión relevante de cara a la evaluación del ciclo de los ODM y la definición de nuevas metas de desarrollo. Frente a la pobreza de ingreso, se ha planteado la necesidad de aproximaciones multidimensionales que consideren una gama más amplia de privaciones o de necesidades básicas no satisfechas. Con el respaldo de Naciones Unidas se elaboró el llamado Índice de Pobreza Humana (IPH), definido por Anand y Sen (1997) como complemento al Índice de Desarrollo Humano (IDH) del PNUD, que se utilizó por primera vez en el Informe sobre Desarrollo Humano de 1997. Su sucesor es el Índice de Pobreza Multidimensional (IPM), propuesto en 2010 por el PNUD y la Iniciativa de Oxford sobre Pobreza y Desarrollo Humano (Alkire y Santos 2010). Este índice, del que ya existe medición para 109 países, se construye al igual que el extinto IPH sobre 10 indicadores, agrupados en tres dimensiones de la pobreza que a su vez integran muchas de las metas contempladas por los ODM: salud —incluyendo nutrición y mortalidad infantil—, educación —matriculación escolar y años de instrucción—, y nivel de vida —agua y saneamiento, combustible para cocinar, acceso a bienes y calidad del suelo de la vivienda—. Se ha propuesto que el IPM incorpore algunas dimensiones adicionales como la desigualdad de ingreso o “vertical”,

y la desigualdad “horizontal” de etnia o de género, y que como “IPM 2.0” sea aceptado como referencia de unas metas de desarrollo post-2015 que no debieran limitarse a la pobreza de ingreso según la conocida línea de pobreza de 1,25 dólares diarios per cápita (Alkire y Sumner 2013).

BRIC, MIST, MIC, LIC, LDC, MIFFS, LICUS y FRACAS: las nuevas cartografías de la pobreza global

Que los más pobres se ubican mayoritariamente en los países más pobres —los países de renta baja o *Low Income Countries (LIC)*— parecería un hecho obvio, y así era en 1990, punto de partida de los ODM, o en 2000, cuando éstos fueron adoptados. Sin embargo, al aproximarse el año 2015 ese hecho ya no es tan cierto, y puede serlo aún menos en los próximos años. El ascenso de los países emergentes y la reubicación de varios de ellos en el grupo de renta media o *Middle Income Countries (MIC)* —entre ellos gigantes poblacionales como China, India, Indonesia, Nigeria o Pakistán—, ha tenido importantes consecuencias en la geografía política de la pobreza. Incluso contando con la reducción de la pobreza extrema lograda por alguno de estos países, tres cuartas partes de la población mundial en esa situación, y cuatro quintos de los considerados “pobres”, con ingresos por debajo de dos dólares diarios per cápita, se ubican ahora en los países renta media (PRM) (Sumner 2010).

El ascenso de los países emergentes ha tenido importantes consecuencias en la geografía política de la pobreza

Según las proyecciones elaboradas por Sumner (2012a y 2012b) esa tendencia continuará y en torno a 2030 la población en situación de pobreza no extrema se repartirá a partes iguales entre los MIC y los LIC, y solo una tercera parte de las personas en situación de pobreza extrema se ubicará en los países más pobres. Ello tiene importantes implicaciones para el desarrollo, puesto que los MIC cuentan con más recursos propios para afrontar ese problema, sin necesidad de ayuda externa. Ello tiene importantes implicaciones para el desarrollo, puesto que los MIC cuentan con más recursos propios para afrontar ese problema, sin necesidad de ayuda externa. Así lo sugiere, por ejemplo, la experiencia de China o Brasil. Es significativo observar que algunos MIC han sido rebautizados por la banca internacional como BRICS, acrónimo acuñado por Goldman Sachs, con Brasil, Rusia, India y China, al que después se agregó Sudáfrica, y que con la incorporación de México y los países de los países de la Asociación de Estados del Sudeste Asiático (ASEAN) devino en BRICSAM; o como “CIVETS”, un acrónimo ideado por Economist Intelligence Unit (EIU) y empleado también por el Banco HSBC, referido a la nueva “oleada” de emergentes, con Colombia, Indonesia, Vietnam, Egipto, Turquía y Sudáfrica; los EAGLE o *Emerging and Growth-Leading Economies*, un agrupamiento variable de países emergentes que según el Banco

BBVA serán líderes del crecimiento global en los siguientes diez años; y los MIST, también de Goldman Sachs, con México, Indonesia, Turquía y Corea del Sur. Se trata de acrónimos que también son ya parte de la nueva geografía política del desarrollo.

Dada la tendencia mayoritaria de los donantes es concentrar los recursos en los países más pobres, la ayuda tendrá un papel cada vez menor en las políticas globales de desarrollo. O bien, ello exigiría una revisión de los criterios de asignación de ayuda hasta ahora empleados, enfocando la ayuda a personas pobres y no a países pobres, o revisando los criterios de clasificación de los países en categorías que vayan más allá de la renta (MIC o LIC) (Sumner y Tezanos 2012). Por ejemplo, incorporando criterios como la desigualdad, y el desempeño de los países en desarrollo en términos de “crecimiento inclusivo”, por utilizar el término asumido en algunos países emergentes.

Sin embargo, las proyecciones de Kharas y Rogerson (2012) apuntan a que hacia 2030 la pobreza extrema volverá a estar concentrada en los países más pobres, y en particular en los “Estados frágiles” y en conflicto, en el grupo que el Banco Mundial denomina eufemísticamente “países pobres bajo presión” (*Low Income Countries Under Stress* o LICUS), o que Duncan Green, asesor estratégico de Oxfam, ha denominado FRACAS o *Fragile and Conflict-Affected States*.

Utilizando la fragilidad estatal como criterio de clasificación y factor explicativo, se observa que de 1990 a 2010 la población en situación de pobreza en Estados no frágiles pasó de unos 2.000 a unos 200 millones de personas, mientras que la que vive en Estados frágiles ha permanecido invariable, en torno a 500 millones de personas, y seguirá en esas cifras hacia 2025. Se trata de proyecciones quizás excesivamente optimistas en cuanto a la reducción de la pobreza extrema en PRM como India o Indonesia (The Economist 2012b), pero de ser correctas, la ayuda externa debería estar más concentrada en estos países, y se alega que en esos países tendría un papel clave mediante estrategias más amplias combinando lucha contra la pobreza, la fragilidad estatal, gobernanza y seguridad, enmarcándose en el denominado *development-security nexus*. Pero ello puede suponer, al mismo tiempo, un marcado riesgo de securitización de las políticas de ayuda externa, subordinándose a estrategias de seguridad y no de desarrollo (Sanahuja y Schünemann 2012).

Finalmente, la asociación de la fragilidad con los LIC ha sido matizada por Chandy y Gertz (2001a y 2011b), recordando que existe un amplio grupo de PRM —los denominados *Middle Income Fragile or Failed States* o MIFFS—, en los que también se dan problemas de fragilidad y violencia, incluyendo Costa de Marfil, Irak, Nigeria, Siria, Pakistán, Palestina, Timor Leste, o Yemen. En 2011 una quinta parte

Tanto las clasificaciones tradicionales de los países en desarrollo, como las más novedosas, son problemáticas a la luz de los cambios de la geografía de la pobreza

de la pobreza extrema global —unos 200 millones de personas— se ubicaría en este grupo. En él se encuentran un buen número de PRM que también están en la lista de “Estados frágiles” del Banco Mundial o del Comité de Ayuda al Desarrollo (CAD) de la OCDE. Es, además, el grupo de países que ha crecido más rápido (Banco Mundial, 2011a). La existencia de este grupo revelaría que los argumentos sobre la asignación de la ayuda de Sumner y Kharas y Rogerson no son necesariamente incompatibles, al menos para los MIFFS (The Economist 2011b, 2012b).

Lo que plantea este debate es que tanto las clasificaciones tradicionales de los países en desarrollo, basadas en niveles de renta, como las taxonomías más novedosas, basadas en el dinamismo económico o la fragilidad estatal, son problemáticas a la luz de los cambios que se observan en la geografía de la pobreza, y el gran margen de error que existe en las proyecciones sobre las que se basan. De igual manera, las prescripciones de política que se derivan de ello han de tomarse con cautela, puesto que dependen más de las categorías de análisis que de los datos que se emplean. Finalmente, algunas de las nuevas taxonomías, sin llegar a ser verdaderas alternativas a la tradicional clasificación por niveles de renta, al menos ponen de relieve sus limitaciones en países en los que la pobreza no puede ser entendida sin una aproximación más amplia capaz de incorporar factores como la fragilidad estatal, o la inseguridad y la violencia.

Menos pobreza, más desigualdad: las paradojas de globalización

Pobreza y desigualdad son conceptos diferentes, pero relacionados. Como recuerda el premio Nobel de economía Amartya K. Sen, el concepto de pobreza cuenta con dos componentes, uno absoluto y otro relativo, el primero determinado biológicamente, el segundo construido socialmente³. El componente absoluto se refiere a la no satisfacción de las necesidades básicas, como la nutrición. De esta forma, puede decirse que es objetivamente pobre aquella persona que no puede comer lo suficiente para vivir. Este componente se relaciona, por tanto, con la línea de pobreza extrema o miseria que se ha utilizado para establecer las metas internacionales de reducción de la pobreza. El segundo componente se refiere a la privación relativa respecto a la satisfacción de necesidades definidas a partir un estándar de dignidad humana que cada sociedad establece en función de sus capacidades materiales y sus parámetros socioculturales, de tal manera que esa persona quedaría excluida de las formas de participación social aceptadas.

³ La reflexión de Sen se fue conformando en el debate mantenido en los años ochenta con Townsend respecto a ambas dimensiones de la pobreza. Véase al respecto Gordon 2000.

Esta última dimensión es por su propia naturaleza más sensible a los niveles de desigualdad existentes en una sociedad dada. Y por ello se asume que el ámbito de medición de la desigualdad es, en primera instancia, la población de un país, dado que es el que conforma primariamente la sociedad en la que se vive. Es en ese marco en el que se miden, a partir de las encuestas de hogares, las pautas de distribución de la renta por estratos de ingreso y se obtiene el llamado coeficiente de Gini como el indicador más usual de la desigualdad.

Como es sabido, este índice expresa la distribución de la renta por estratos de ingreso, y se expresa con un valor situado entre 0 y 1, entre dos situaciones hipotéticas de igualdad absoluta (valor 0), en la que todas las personas tendrían la misma participación en la renta; y desigualdad absoluta (valor 1), en la que una persona tendría todo, y el resto, nada. Esta medida puede calcularse antes y después de impuestos y transferencias, como hace la OCDE para sus miembros. Índices bajos revelan sociedades más equitativas, y los más altos, mayor desigualdad. Como referencia, los países nórdicos y centroeuropeos se sitúan entre 0,25 y 0,35, y los de mayor desigualdad del mundo entre 0,5 y 0,6. Naciones Unidas considera que a partir de 0,4 los niveles de desigualdad suponen una amenaza para la cohesión social. Existen otros índices, como el más reciente “Índice Palma” (Palma 2011, Cobham y Sumner 2013), que corrigen algunas deficiencias estadísticas del Gini —por ejemplo, su elevada sensibilidad a cambios en los estratos más ricos o más pobres—, pero éste ha sido el más utilizado.

Ahora bien, en el plano internacional, la medición de la desigualdad solo ha sido posible hasta fechas recientes comparando los ingresos per cápita promedio de los distintos países, de manera simple, o de forma ponderada, incorporando a los cálculos el tamaño de la población de cada país, de forma que se media la “brecha” de ingresos entre países ricos y pobres, y no entre personas ricas y pobres. En los últimos años, sin embargo, el análisis de la desigualdad internacional ha mejorado notablemente a partir de los análisis del Banco Mundial, encabezados por Branko Milanovic, que han permitido cálculos de la desigualdad global combinando encuestas de hogares a escala mundial, lo que permite comparar la situación de las personas con independencia de sus países de origen.

Los resultados de estos análisis son de gran relevancia para un mejor conocimiento de la desigualdad internacional y global, y para dar respuesta a una cuestión fundamental: ¿Está aumentando, o disminuye? La respuesta que se obtenga tiene obvias implicaciones a la hora de situar en una perspectiva más amplia los datos sobre la reducción de la pobreza presentados en el apartado anterior, y más allá de ello, proporciona argumentos fundamentados empíricamen-

te para la discusión sobre los efectos de la globalización y las políticas necesarias para abordar el problema.

Una medición global y no internacional de la desigualdad también es relevante en la medida que los procesos de globalización afectan al componente relativo de la pobreza. Como se indicó, este alude a la privación relativa respecto a un nivel de vida digno, que es una construcción social más que un estándar definido de antemano. Los procesos de globalización, por el que los niveles de ingresos de ricos y pobres tienden a alinearse a escala transnacional, así como el mayor alcance de los medios de comunicación —cine, televisión y, sobre todo, Internet...— y de la cultura popular de los países avanzados de Occidente conduce a que esos estándares de dignidad humana y participación en la sociedad, y las aspiraciones colectivas de alcanzarlos, se definan cada vez más en el ámbito global y no en el local o nacional. Por esta razón, la desigualdad global es una variable cada vez más relevante para explicar las diferencias de renta nacionales, y para la definición y, según el caso, la satisfacción o no de las expectativas individuales y colectivas. La frustración de esas expectativas crecientes, en un contexto de mayor desigualdad, es un elemento fundamental para la adecuada comprensión tanto de las migraciones internacionales, en tanto respuesta individual, o los nuevos movimientos sociales contemporáneos, como expresión colectiva de esas expectativas y frustraciones, sin perjuicio de que existan otros factores causales.

Hacia 2005, los 50 millones de personas más ricas disfrutaban de la misma renta que los 2.700 millones más pobres

Para analizar estas cuestiones hay que dirigir la mirada en primer lugar a los tres conceptos de desigualdad y su medición, según los propone Milanovic (2012a):

- a) *Desigualdad internacional (medición no ponderada)*: esta medición compara el PIB per cápita promedio de los diferentes países, con datos de sus respectivas cuentas nacionales. Refleja si hay convergencia de renta entre países, más que la desigualdad “real” entre personas. Conforme a este concepto, la desigualdad internacional aumentó rápidamente de 1950 a mediados de los sesenta, permaneció estable hasta 1980, registrándose un fuerte aumento hasta 2000. A partir de ese año empieza a disminuir, si bien sigue siendo mucho más alta que en las décadas de los sesenta y setenta del siglo XX.
- b) *Desigualdad internacional (medición ponderada)*: tiene en cuenta el peso de la población de cada país, y aun asumiendo que su renta per cápita coincide con el promedio, se aproxima en mayor medida a un cálculo “real” de la desigualdad. Según este concepto, entre 1950 y 1990 se produjo una leve reducción de la desigualdad internacional, y desde 1990 esta disminuye mucho más marcadamente, en gran medida debido al “factor China” y, en menor

medida, a la India. Ahora bien, si se excluye a China de los cálculos, la tendencia es similar aunque el índice de Gini sea mayor. Este cálculo revela hasta qué punto China y la India son la clave de ese proceso global de convergencia de la renta entre países.

c) *Desigualdad global*: este concepto es el que mejor mide la desigualdad real, que se produce entre personas y no entre países. Se basa en un análisis agregado de los datos de ingreso familiar de las encuestas de hogares, haciendo abstracción de los países. Por ello, obvia los promedios nacionales y es más sensible a la desigualdad interna que rige en cada país. Los datos, sin embargo, solo están disponibles en el periodo 1988-2005. El primer estudio mundial sobre desigualdad basado en encuestas de hogares, realizado por el Banco Mundial, permitió observar un marcado aumento de la desigualdad. Entre 1993 y 1998, apenas cinco años, el 5% más pobre de la población mundial perdió un 25% de su renta, mientras que el 20% más rico la incrementó en un 12%. Este proceso agravó la desigualdad internacional ya existente: a finales de los noventa el 25% de la población mundial percibía el 7% de la renta, y la renta percibida por el 1,75% más rico del mundo era similar a la del 77% de menores ingresos. Un dato llamativo aportado por este estudio: hacia 2005 los 50 millones de personas más ricas disfrutaban de la misma renta que los 2.700 millones más pobres, y la riqueza en manos de los 25 millones de estadounidenses más ricos era similar a la que correspondía a los 2.000 millones de personas más pobres (Milanovic 2006, 2012b).

Posteriormente los datos se han revisado tomando los cálculos del Banco Mundial de paridades del poder adquisitivo de 122 países en dólares de 2005. Según esa revisión, entre esos años el índice de Gini global aumentó de 68 a 71 puntos (véanse cuadros 9 y 10). Aunque es un periodo corto, se observa un aumento sostenido de la desigualdad, sobre todo a causa de una mayor concentración de la riqueza en los estratos más ricos y el consiguiente aumento de la desigualdad interna de algunos países emergentes, y en particular en China. Hacia 2005 el 10% de la población de mayores ingresos concentraba el 55% de la riqueza mundial, y el 5% de la población era titular de en torno a un tercio de esa riqueza. El índice de Gini global resultante es muy alto, más alto que el del país con mayor desigualdad, en la actualidad Sudáfrica (Milanovic 2011; Olinto y Saavedra, 2012).

Cuadro 9
Evolución de la desigualdad global y en países seleccionados, 1988-2005

	1988	1993	1998	2002	2005
Gini global ("nuevo" PPP)	68,40	69,90	69,40	70,60	70,70
Gini global ("viejo" PPP)	62,30	65,50	64,40	65,70	
Brasil	61,43	60,80	59,78	57,42	54,69
China	29,85	35,50	39,23	42,48	
India	31,88	30,82		33,38	

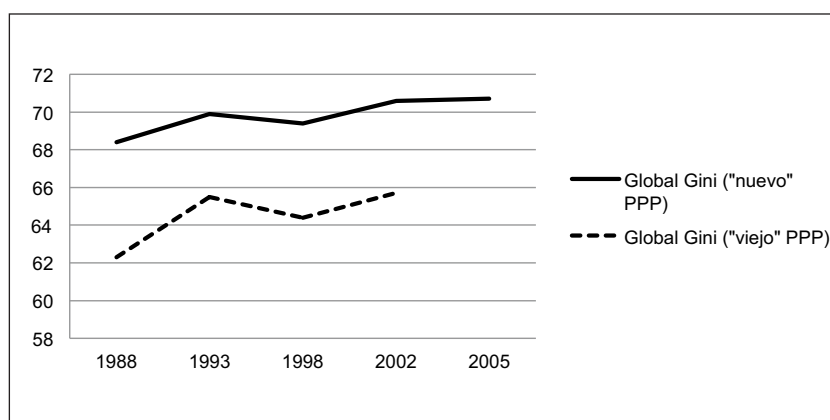
Gini global (concepto "c") y Gini nacionales para los tres países mencionados.

Nota: En los recuadros sombreados, al no haber información del año indicado, se ha incluido el índice de Gini del año más cercano en el que existían datos.

Fuente: Milanovic 2012a, con datos del Banco Mundial.

Los datos revelan una doble paradoja: por un lado, aunque disminuye la pobreza, aumenta la desigualdad. Por otro, aunque disminuye la desigualdad entre países, aumenta entre personas

Cuadro 10
Gini global (con "nuevo" y "viejo" PPP)



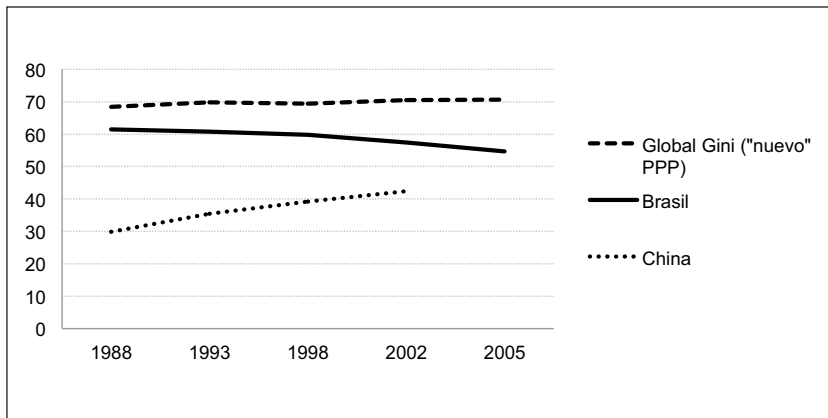
Gini global (concepto "c")

Fuente: Milanovic 2012a, con datos del Banco Mundial.

Estos datos revelan una doble paradoja: por un lado, aunque disminuye la pobreza, aumenta la desigualdad, como ilustraría el caso, sobre todo, de China y de otros países emergentes, con la excepción de Brasil (véase el cuadro 11). Y por otro lado, aunque disminuye la desigualdad entre países, aumenta entre las personas, a causa de la mayor polarización en la distribución de la renta al interior de la mayor parte de los países. El planeta en su conjunto puede parecer un lugar más equitativo si se atiende a las diferencias de renta per cápita promedio, pero éstas significan hoy menos que en el pasado debido a la mayor desigualdad al interior de cada país. La percepción de privación relativa, pobreza y justicia social aún se constituye a

partir de una realidad social definida por los Estados-nación, por lo que es la desigualdad al interior de los países la que tiene mayor significación económica, social y política. Pero el aumento de la desigualdad interna es un proceso en buena medida inducido por las dinámicas transnacionales de la globalización, que han contribuido a reducir la pobreza y elevar los niveles de vida de aquellos que se encontraban en los peldaños más bajos de la escala social, pero también dan lugar a una mayor concentración de la riqueza en los estratos superiores y en consecuencia a un marcado aumento de las brechas de desigualdad en muchos países (OCDE 2012b: 105).

Cuadro 11
Gini global vs. Gini de China y Brasil



Gini global (concepto "c") y Gini nacionales para los tres países mencionados.
Fuente: Milanovic 2012a, con datos del Banco Mundial.

Los datos nacionales, en muchos casos, así lo corroboran (Véase el cuadro 12). Entre 1980 y 2010 el Gini de Estados Unidos empeoró un 30%, pasando de 0,3 a 0,39. El de China, un 50%, de 0,28 a 0,47. Incluso en la más igualitaria Suecia empeoró un 25%. En Estados Unidos, entre 1980 y 2010 la renta en manos del 1% más rico se ha duplicado, del 10% al 20% del total, y el 0,001% de la población —las 16.000 familias más afluentes— vieron su riqueza aumentar del 1% al 5% del total. Esa proporción es mayor que hace un siglo. La lista de los ultra-ricos, recogida anualmente por la revista *Forbes*, no ha dejado de aumentar (The Economist 2011a). Estados Unidos sigue a la cabeza, con 421 multimillonarios cuya riqueza acumulada equivale al 10,5% del PIB del país. Pero su aumento ha sido rápido en los países emergentes, y de la nueva generación de oligarcas surgidos en Rusia tras la caída del régimen soviético destacan los 96 multimillonarios incluidos en esa lista, con activos equivalentes al 18,6% del PIB de ese país. En China son ya 95, con el 2,6% de su PIB; en la India 48, con el 10,9% del PIB, y en Brasil 37, con el 6,2%. Todos estos paí-

ses emergentes están por delante del Reino Unido, que cuenta con 36 multimillonarios cuya riqueza equivale al 4% de su PIB.

En Asia también se ha registrado un marcado aumento de la desigualdad, en casos como China, Indonesia y Vietnam, y algo menos acusado en India. El caso de China es la mejor ilustración del proceso paradójico de reducción de la pobreza y aumento de la desigualdad que ha caracterizado el periodo de vigencia de los ODM: no hay otro país en el que la disminución de la pobreza haya sido tan rápida e intensa, ni que haya tenido un aumento tan rápido de la desigualdad. Según el Banco Mundial, entre 1980 y 2008 el índice Gini de China pasó de 0,30 a 0,45. En 2012 China publicó por primera vez un cálculo oficial del índice de Gini, revelando que entre 2000 y 2012 éste habría pasado de 0,41 a 0,47, aunque un estudio no oficial, de la Universidad del Sureste en Chengdu, lo sitúa en 0,61. Ese dato oficial es inferior al de otros países en desarrollo, pero ya es superior al de Estados Unidos y la mayoría de los países de la OCDE. Esa tendencia apunta a que, dado su tamaño, China contribuirá a aumentar la desigualdad global, aunque su crecimiento económico disminuya la desigualdad internacional.

En China, la desigualdad ya está generando tensiones sociales

El caso de China también es relevante para entender en qué medida esta realidad es consecuencia de las fuerzas de la globalización, pero también de opciones de política nacional. En este caso, de un modelo que hasta hace poco ha primado la competitividad vía bajos salarios; de la ausencia de políticas sociales; del trato de favor a empresarios que han medrado al calor del poder político, y de normas internas como el *hukou*, un sistema de permisos de residencia que convierte a muchos ciudadanos en inmigrantes ilegales en su propio país. La desigualdad ya está generando tensiones sociales, y el mismo hecho de que se publiquen datos oficiales debe verse como parte de la política gubernamental encaminada a afrontar ese problema⁴.

En América Latina y el Caribe, la región con mayor desigualdad del mundo, los años 2002-2003 suponen un claro punto de inflexión en los índices, que han mejorado en la mayor parte de los países. En 1981 el Gini regional era 0,51. En 2002 alcanzó 0,54, y en 2010 se situó en 0,50, lo que revela que han sido necesarios casi 30 años para recuperar el nivel anterior de la crisis de la deuda, que de por sí sigue siendo muy alto. La mejora lograda en el decenio de 2000 se explica por la combinación favorable de dos factores: por un lado, el ciclo de crecimiento y sus efectos favorables en el empleo y la mejora del salario real. Por otro, eficaces políticas sociales redistributivas,

⁴ "Gini coefficient release highlights China's resolve to bridge wealth gaps", *People's Daily Online*, 21 de enero de 2013.

a través de los programas de transferencias monetarias condicionadas como *Bolsa Familia* o el más reciente *Brasil sem Miséria*, u “Oportunidades” de México, y un mayor acceso a la educación secundaria y terciaria, que ha reducido la ventaja salarial de los trabajadores más calificados. En algunos países la cobertura de la educación secundaria ha llegado a aumentar 20 puntos (OCDE 2012b: 114).

Cuadro 12
Desigualdad según índice de Gini. Países en desarrollo y en transición seleccionados

País	Años 80	Años 90	Años 2000	Más reciente
Sudáfrica	n.d.	0,57 (1995)	0,67 (2006)	0,63 (2009)
Guatemala	0,58 (1987)	n.d.	0,56 (2003)	0,60 (2006)
Colombia	0,59 (1980)	0,60 (1996)	0,59 (2006)	0,56 (2010)
Brasil	0,58 (1984)	0,60 (1995)	0,59 (2002)	0,55 (2009)
Bolivia	n.d.	0,58 (1997)	0,60 (2002)	0,56 (2008)
Chile	0,56 (1987)	0,55 (1994)	0,55 (2003)	0,52 (2009)
Nigeria	0,39 (1986)	0,46 (1996)	0,43 (2004)	0,49 (2010)
Ecuador	0,50 (1987)	0,51 (1995)	0,54 (2005)	0,49 (2010)
Venezuela	0,55 (1982)	0,47 (1995)	0,48 (2003)	0,49 (2006)
México	0,46 (1984)	0,52 (1994)	0,50 (2002)	0,48 (2008)
Kenia	n.d.	0,42 (1994)	n.d.	0,48 (2005)
Perú	0,46 (1986)	0,45 (1994)	0,51 (2005)	0,48 (2010)
R. D. del Congo	n.d.	n.d.	n.d.	0,44 (2006)
Argentina	0,43 (1986)	0,50 (1995)	0,49 (2005)	0,44 (2010)
Filipinas	0,41 (1985)	0,43 (1994)	0,44 (2003)	0,43 (2009)
China	0,28 (1984)	0,36 (1997)	n.d.	0,42 (2005)
Túnez	0,43 (1985)	0,42 (1995)	0,41 (2000)	0,41 (2005)
Federación Rusa	n.d.	0,48 (1993)	0,37 (2005)	0,40 (2009)
Sri Lanka	0,32 (1985)	0,35 (1996)	0,41 (2002)	0,40 (2005)
Turquía	0,43 (1987)	0,41 (1994)	0,43 (2002)	0,39 (2008)
Senegal	n.d.	0,41 (1994)	0,41 (2001)	0,39 (2005)
Irán	0,47 (1987)	0,44 (1998)	n.d.	0,38 (2005)
Tanzania	n.d.	n.d.	0,34 (2000)	0,37 (2007)
Vietnam	n.d.	0,36 (1993)	0,37 (2002)	0,35 (2008)
Polonia	0,25 (1985)	0,32 (1993)	0,34 (2002)	0,34 (2009)
Indonesia	0,30 (1984)	0,29 (1993)	0,30 (2002)	0,34 (2005)
India	0,31 (1983)	0,31 (1994)	0,30 (2002)	0,33 (2005)
Bangladesh	0,26 (1984)	0,33 (1996)	0,33 (2005)	0,32 (2010)
Egipto	n.d.	0,30 (1996)	0,33 (2000)	0,31 (2008)
Pakistán	0,33 (1987)	0,29 (1997)	0,30 (2002)	0,30 (2008)
Etiopía	0,32 (1982)	0,40 (1995)	0,30 (2000)	0,30 (2006)

Fuente: Banco Mundial

En la OCDE la desigualdad aumentó de mediados de los años ochenta a finales de los 2000, con un empeoramiento del índice de Gini en 17 de 22 países miembros

Es remarcable el descenso de Brasil, en gran medida debido a las eficaces políticas redistributivas de los últimos diez años. Es significativo observar que la desigualdad ha caído tanto en los países que han desarrollado políticas redistributivas más enérgicas (Argentina o Venezuela), como en aquellos que siguen modelos más ortodoxos, y tanto allí donde el crecimiento ha estado impulsado por las exportaciones de productos primarios (Perú o Chile), como donde tiene más peso el mercado interno (Brasil) (Cornia 2012, Lustig *et al.* 2012). La región, no obstante, sigue caracterizada por el reducido papel redistributivo de los ingresos fiscales y el gasto social, que a veces llega a ser regresivo; y por una estructura social muy segmentada y baja movilidad vertical —en Brasil, por ejemplo, el 70% de la desigualdad es atribuible a antecedentes familiares de ingreso y educación—, en la que incide negativamente la desigualdad horizontal de género, etnia o localización (Kabeer 2010: 20-24).

En la OCDE la desigualdad aumentó de mediados de los años ochenta a finales de la década de 2000, con un empeoramiento del índice de Gini en 17 de 22 países miembros, y de 0,28 a 0,31 en promedio, y un aumento más marcado en países como Estados Unidos y el Reino Unido. Ello se debe a los efectos de largo plazo del cambio tecnológico y las presiones competitivas de la globalización sobre el empleo, los salarios y los sistemas de bienestar social. A ello se le ha unido el impacto de la crisis económica, que ha acelerado fuertemente ese proceso, poniendo en tela de juicio “pactos sociales” básicos sobre los que se sustentan estas sociedades, lo que según la OCDE comporta mayor descontento, conflictividad social y desafección hacia la democracia (OCDE 2008 y 2011a). En Europa oriental y Asia Central, sin embargo, se observan mejoras desde mediados de 2000, que están atenuando el fuerte aumento de la desigualdad que se registró con la transición al capitalismo. En cualquier caso, los datos de la OCDE (véase el cuadro 13), que detallan el índice de Gini antes y después de impuestos y transferencias revelan el fuerte papel corrector de la desigualdad que siguen teniendo esos factores y su importancia en la generación de las amplias sociedades de clases medias de estos países.

Estos datos, empero, no recogen los efectos de la crisis y las políticas de ajuste que están golpeando a un buen número de países europeos e incluso la Unión Europea en su conjunto. Ésta parece haber entrado en un círculo vicioso deflacionista, con un ajuste interminable del gasto público que, a la postre, termina hundiendo la demanda interna, deprime aún más el crecimiento y la recaudación fiscal, y deviene en principal factor causal de la recesión. Las políticas adoptadas en este marco revelan un dilema fundamental que afecta al

modelo social europeo: el que se plantea entre las presiones competitivas de la globalización, y las cargas financieras que supone el Estado del bienestar y la cohesión económica, social y territorial. La crisis del euro está resolviendo este dilema por la vía de los hechos, a través de políticas de ajuste que pretenden que los países afectados recuperen la competitividad mediante la “devaluación interna”, con menores costes laborales e importantes recortes de derechos. En el caso español, según datos de Eurostat, solo entre 2008 y 2011 el índice de Gini pasó de 0,31 a 0,34, y en el caso irlandés también aumentó tres puntos. Resulta paradójico que ello se aliente desde las instituciones europeas, pues supone dejar a un lado los objetivos de cohesión y de convergencia de rentas consagrados en los Tratados.

Es interesante observar la crisis europea a la luz de la experiencia latinoamericana, antes reseñada. Aunque existen importantes diferencias, en ambos casos las políticas de ajuste adoptadas con el mantra del “ajuste con crecimiento” o la “austeridad expansiva” agravan innecesariamente la recesión y el coste social de la crisis. Dado el peso de la política fiscal en el sostenimiento de las sociedades de clases medias que caracterizan a la UE, esos efectos pueden ser aún más marcados. Según un informe de Intermón Oxfam (2012), la experiencia latinoamericana es relevante para Europa, al mostrar que la caída de los indicadores sociales puede ser rápida, pero recuperarlos al nivel previo a la crisis puede tomar hasta dos décadas.

Sobre estos datos, que recogen índices de Gini elaborados por organismos internacionales, es necesaria una última reflexión: recogen una de las más importantes dimensiones de la desigualdad: la referida a la distribución del ingreso. Una de las limitaciones más importantes del Gini es que no captura adecuadamente la igualdad de oportunidades y la consiguiente movilidad vertical, o las opciones de ascenso social al margen de los ingresos o activos educativos del hogar de origen. La cuestión tiene importantes implicaciones políticas y sociales, pues un mayor nivel de desigualdad de ingreso puede ser más tolerable en una sociedad más meritocrática que asegura mayor igualdad de oportunidades; hay políticas sociales que además de redistribuir renta pueden tener un papel mayor en la promoción de la igualdad de oportunidades; y la medición y mejor conocimiento de la igualdad de oportunidades puede dirigir la atención a factores de desigualdad horizontal como el género, la etnia, la casta, o la localización (Kabeer 2010: 16-18); o a las barreras institucionales y políticas que interactúan con los procesos económicos que producen desigualdad.

Cuadro 13
Desigualdad según coeficiente de Gini antes y después de
impuestos y transferencias. Países de la OCDE
seleccionados

País	Hacia 1990		Mediados 90		Mediados 2000		Finales 2000	
Chile	—	—	0,54/	0,53	0,51	0,50	0,52	0,49
México	0,45	0,45	0,53	0,52	0,49	0,47	0,49	0,47
Turquía	—	—	—	0,49	—	0,43	0,47	0,41
Estados Unidos	0,45	0,35	0,48	0,36	0,48	0,38	0,48	0,38
Israel	0,47	0,33	0,49	0,34	0,51	0,31	0,50	0,37
Portugal	0,43	0,33	0,49	0,36	0,54	0,38	0,52	0,35
Italia	0,44	0,30	0,51	0,35	0,56	0,35	0,53	0,34
Reino Unido	0,44	0,35	0,45	0,33	0,50	0,33	0,50	0,34
Australia	—	—	0,47	0,31	0,46	0,31	0,47	0,33
Japón	0,34	0,30	0,40	0,32	0,44	0,32	0,46	0,33
España	—	0,34	—	0,34	—	0,32	0,46	0,32
Canadá	0,40	0,29	0,43	0,29	0,44	0,32	0,44	0,32
Grecia	0,43	0,37	0,44	0,33	0,45	0,34	0,43	0,31
Corea del Sur	—	—	—	—	0,33	0,30	0,34	0,31
Polonia	—	—	—	—	0,54	0,35	0,47	0,30
Suiza	—	—	—	—	—	0,27	0,41	0,30
Alemania	0,43	0,25	0,46	0,26	0,50	0,28	0,50	0,29
Bélgica	0,45	0,27	0,47	0,29	0,50	0,27	0,47	0,26
Finlandia	0,39	0,21	0,48	0,22	0,48	0,25	0,46	0,26
Suecia	0,41	0,21	0,44	0,21	0,43	0,23	0,42	0,26
Dinamarca	0,39	0,23	0,42	0,26	0,42	0,23	0,41	0,25
Noruega	0,35	0,22	0,40	0,24	0,45	0,27	0,41	0,25
Francia	—	0,29	0,47	0,28	0,48	0,29	0,48	0,29
Países Bajos	0,47	0,29	0,48	0,30	0,42	0,28	0,42	0,29

Fuente: OCDE

Hay políticas sociales que además de redistribuir renta pueden tener un papel mayor en la promoción de la igualdad de oportunidades

Existe al respecto un incipiente esfuerzo de medición, hasta ahora con cobertura para unos cuarenta países, en torno al “Índice de Igualdad de Oportunidades” propuesto por el Banco Mundial (Ferreira 2012: 8). Los datos compilados revelan grandes diferencias entre países, y mientras que en los países nórdicos y en algunos de Centroeuropa las circunstancias determinadas por origen familiar es responsable de entre 2% y 5% de la desigualdad total, en los países latinoamericanos considerados se sitúa siempre por encima de 25%, legando a 30% en el caso de Brasil y hasta 50% en Guatemala, una sociedad en la que las fracturas étnicas llegan a suponer un verdadero *apartheid* no declarado.

Desigualdad internacional y global: una perspectiva histórica

Los datos y tendencias hasta ahora recogidos suponen transformaciones estructurales de largo plazo y apuntan a un cambio de ciclo histórico, sobre todo si se ven a la luz de lo que el historiador F. Braudel llama la *longue durée* o “larga duración”. Serían equiparables a las que han marcado los grandes cambios sociales que se pueden observar desde el tránsito del Antiguo Régimen a la Revolución Industrial. En el periodo previo a la industrialización, la diferencia entre la renta promedio de los diez países más ricos y los diez más pobres era de unas seis veces. Esa brecha, relativamente pequeña, coexistía con enormes desigualdades al interior de cada país entre una élite terrateniente y las masas campesinas. La revolución industrial significó un proceso de aumento simultáneo de la desigualdad entre países —en un rápido distanciamiento de Europa y Estados Unidos del resto del mundo—, y al interior de los países, con brutales diferencias entre la burguesía y el nuevo proletariado fabril. Al menos durante un siglo de industrialización se confirmó la clásica hipótesis de Simón Kuznets —representada a través de una curva en forma de “U” invertida—, que planteaba que en las fases tempranas de la industrialización la desigualdad aumentaba en la medida que se producía el (necesario) proceso de acumulación y reinversión de capital en manos de la burguesía industrial y financiera, cuyo mayor exponente pudieran ser los magnates de la “edad de oro” del capitalismo de finales del siglo XIX y principios del XX en los Estados Unidos, como los Vanderbilt, Rotschild, Carnegie, Mellon, Morgan, o Rockefeller.

La revolución industrial, empero, hizo aparecer un potente movimiento obrero que obligó a introducir desde finales del siglo XIX nuevas leyes laborales, incipientes sistemas de salud pública y seguridad social, una fiscalidad más progresiva, y leyes anti-monopolio. El alcance de estas medidas se amplió en el siglo XX, como respuesta de las democracias liberales a las amenazas del fascismo y el comunismo, y en parte como compensación por los enormes esfuerzos impuestos a los trabajadores, verdadera “carne de cañón” en la I y Segunda Guerra Mundial. Después de 1945, el espectacular aumento de la productividad generado por el modelo industrial fordista, y las políticas keynesianas de gestión de la demanda propiciaron nuevos “pactos sociales” basados en una expansión sin precedentes de las rentas salariales y del Estado del bienestar y la protección social “desde la cuna hasta la tumba”. Ello contribuyó decisivamente a la formación de las sociedades de clases medias en el Occidente industrializado, en un círculo virtuoso que relacionaba consumo de masas, crecimiento económico y equidad social, tanto

Después de 1945, el modelo industrial fordista y las políticas keynesianas propiciaron nuevos pactos sociales basados en la expansión de las rentas salariales y la protección social "de la cuna a la tumba"

en lo referido a la distribución del ingreso como a una mayor movilidad social, y a la vez permitió integrar a los trabajadores y sus organizaciones en un modelo de democracia social más atractivo que el existente tras el "telón de acero".

Hubo también un grupo de "nuevos países industrializados" (*Newly Industrialized Countries* o NIC) como Japón, Corea del Sur y Taiwán que lograron aunar dinamismo económico y equidad social, y algo similar se observó en las experiencias de industrialización tardía de algunos países mediterráneos. En otros países en desarrollo se intentó adaptar este modelo a las condiciones propias de la "periferia" a través de distintos gobiernos nacional-populares y las estrategias de desarrollo de industrialización por sustitución de importaciones. Si bien propiciaron la aparición de nuevas clases medias urbanas, estas experiencias de desarrollo no lograron romper con los condicionantes de las economías primario-exportadoras del periodo colonial y post-colonial, y en muchos casos dieron lugar a modelos de crecimiento "concentrador y excluyente" que mantuvieron e incluso agravaron las brechas sociales del orden post-colonial.

Este ciclo tuvo dos claras consecuencias en términos de desigualdad. En Estados Unidos, como en otros países industrializados, se produjo lo que Goldin y Margo (1992) denominaron "la gran compresión", por oposición a la "Gran Depresión" (Noah 2012): desde los años cuarenta —los cincuenta en Europa— las rentas de las clases bajas y medias aumentaron más rápido que las correspondientes a las capas más altas y en los años setenta se registraron los indicadores más favorables en materia de equidad en un periodo de cincuenta años. Sin embargo, con la excepción de los NIC, la brecha internacional se agrandó y la diferencia entre la renta per cápita promedio entre los diez países más ricos y los diez más pobres llegó a ser de cuarenta veces (Bourguignon y Morrison 2002 y Bourguignon 2012).

A la luz de este rápido recorrido por los dos últimos siglos, lo que revelan los datos expuestos en la sección anterior es un giro de proporciones históricas en ambas tendencias: desde mediados de los ochenta, comienza lo que Paul Krugman (2007: 124-128) llamó "la gran divergencia": la desigualdad interna tanto en los países avanzados como en desarrollo está aumentando. Pero también se observa un rápido proceso de convergencia en el que, por primera vez en un siglo, la brecha entre los países ricos y los países en desarrollo —al menos algunos de ellos— empieza a estrecharse. En síntesis, si durante la mayor parte del siglo XX la desigualdad global se explicaba por las diferencias de renta entre países, en la actualidad empiezan a ser más relevantes las crecientes disparidades sociales dentro de los países (OCDE 2012b: 95).

A la hora de explicar estos cambios, hay que remitirse a la nueva “gran transformación”, por utilizar la expresión de Karl Polanyi, que ha sacudido a la economía mundial desde los años ochenta: globalización, desregulación, revolución en las tecnologías de la información, y expansión del comercio, los flujos de capital y la aparición de cadenas de suministro globales son los factores que explican tanto que las diferencias entre países se reduzcan, como que aumenten en su interior. Esos procesos han aumentado la escala y el tamaño de los mercados, y mayores presiones competitivas que suponen una creciente disparidad de ingresos en unos mercados de trabajo en rápida transformación. Las nuevas tecnologías y el mayor alcance de las empresas transnacionales han aumentado la demanda y las retribuciones de los trabajadores con mayor calificación, capaces de responder a las exigencias de la “economía del conocimiento”, y están eliminando un gran número de empleos de naturaleza administrativa y/o manufacturera antaño asociados a las clases medias de los países de la OCDE. Por otro lado, la incorporación a la economía mundial, en muy pocos años, de más de 1.500 millones de trabajadores de los países emergentes ha incrementado la tasa de ganancia del capital transnacional, y golpea a la población trabajadora con menor cualificación de los países avanzados, sometiéndoles a la competencia global sin que ya pueda protegerles la regulación estatal.

Existe un amplio debate académico y político respecto al peso relativo de factores como la apertura comercial y la deslocalización productiva —el denominado “síndrome de China”, en un estudio de Autor, Dorn y Hanson (2012)— o las migraciones en el aumento de la brecha salarial en los países de la OCDE, y un amplio estudio de esa misma organización (OCDE 2012) ha concluido que la relación entre el cambio tecnológico y las brechas de cualificación, en un contexto de apertura y globalización, juega un papel determinante en el aumento de esas brechas. Pero no menos importante es la erosión de las instituciones que han contribuido al mayor igualitarismo de décadas precedentes, como es el caso de los sindicatos y la negociación colectiva, la fiscalidad progresiva y las políticas sociales, atrapadas en los confines del Estado-nación y los pactos sociales de alcance nacional, mientras que la competencia y los mercados ya son globales (Rodrik 2011, Noah 2012, Stiglitz 2012)

Estos procesos han sido acelerados por la crisis económica. Esta da fin a un ciclo de sobreendeudamiento en las economías avanzadas que expresa la profunda contradicción de la que dependería su viabilidad futura: las presiones competitivas de la globalización exigen la reducción de los ingresos reales de los trabajadores de menor cualificación, así como menores cargas fiscales. Sin embargo, en esas economías el gasto público y el consumo privado han sido dos importantes motores de crecimiento. El recurso al crédito por parte de los particulares, las empresas y los gobiernos, en un periodo en

La incorporación de 1.500 millones de trabajadores de los países emergentes ha incrementado las ganancias del capital transnacional, y golpea a la población trabajadora con menor calificación de los países avanzados

el que la acumulación de reservas de divisas en los propios países emergentes alimentó la liquidez internacional, permitió sortear esa contradicción a lo largo de las dos últimas décadas, hasta el punto de que, como señala R. Rajan (2010), la creciente desigualdad es un factor explicativo de la “burbuja de crédito” que generó la crisis económica global de 2008. Y sin embargo, la propia crisis parece haber dado fin a esa etapa, iniciándose un periodo de contracción salarial y menor capacidad de gasto público, con consecuencias regresivas en la distribución del ingreso y una mayor desigualdad.

Ello, unido a las dinámicas demográficas propias de sociedades avanzadas, pone en cuestión la viabilidad del Estado del Bienestar y, en un sentido más amplio, de los “pactos sociales” de posguerra vigentes en toda la OCDE. Así lo revela el aumento de las brechas salariales y la desigualdad de ingreso que ya reflejan las estadísticas de Eurostat o la OCDE. Por otra parte, ello supone crecientes dificultades para financiar las políticas sociales y los amplios sistemas previsionales que, por otra parte, explican las menores tasas de ahorro y la mayor propensión al consumo de las sociedades avanzadas, dado que las contingencias de salud y las pensiones de vejez han estado garantizadas “desde la cuna a la tumba”. Finalmente, ello comporta crecientes problemas de cohesión social, e incluso desafección o tensiones políticas en unos sistemas democráticos cuya legitimidad depende en gran medida —al menos en cuanto a legitimidad de resultado— de la materialización de derechos económicos y sociales y del mantenimiento de sociedades de clases medias que en buena medida se explican por el alcance de la acción redistributiva del Estado.

Los actuales niveles de desigualdad global quizás serían intolerables dentro de un país, pero probablemente se han mantenido hasta ahora debido a los más pobres y los excluidos no podían comparar plenamente su situación con los más ricos, y para buena parte de la humanidad la pobreza y la riqueza extremas eran sólo conceptos abstractos. Lo que puede estar cambiando es que esa comparación va a ser posible tanto a escala global como nacional a causa de los procesos de globalización. Los datos aportados hasta ahora revelan un proceso global de convergencia que acerca al alza las rentas de los más ricos, sea en los países emergentes o de la OCDE; que aproxima también las rentas de los más pobres, al alza en las economías emergentes y a la baja en las avanzadas; y un proceso global de divergencia que aumenta la desigualdad entre unos y otros, a escala global y al interior de cada país. Pero la globalización también facilita el contacto entre sociedades, —vía medios de comunicación globales y sobre todo, mediante Internet, a través tanto de la Web como de las redes sociales—, lo que contribuye a la aparición de una “revolución de las expectativas” que puede alentar la toma de conciencia crítica sobre esta situación, así como los flu-

jos migratorios, o la tensión social y política que se nutre del agravio y la desesperación.

A principios de 2000 Robert Wade (2001: 80) señalaba: “A una proporción creciente de la gente se le impide el acceso a las necesidades básicas, al mismo tiempo que ven en la televisión gente conduciendo Mercedes. El resultado es una gran cantidad de jóvenes desempleados y airados, a los que las nuevas tecnologías de la información han dado los medios para amenazar la estabilidad de la sociedades en las que viven, y que incluso pueden amenazar la estabilidad de los países más ricos”. Diez años más tarde, esas palabras han adquirido un tono profético. Como ha señalado el Banco Mundial (2011b: 1), el debate sobre desigualdad y desarrollo ha dejado de ser una cuestión académica, y está ya en la calle, en los medios de comunicación, en la red y el debate político. Está impulsando los movimientos sociales que reclaman mejores oportunidades de empleo, como los jóvenes de la “primavera árabe”; o los estudiantes chilenos que reivindican una universidad más asequible; o las protestas que la crisis ha generado en las sociedades avanzadas, como *Occupy Wall Street* o el 15-M, que expresan la indignación de amplios grupos sociales ante el desempleo y los recortes del gasto social, al tiempo que se rescata a la banca y se mantienen los privilegios de los más ricos. No se trata solo del reclamo de estos movimientos. En el informe 2012 sobre riesgos globales del Foro Económico Mundial, presentado en la reunión de Davos, la desigualdad se incluye, por primera vez, desde que estos informes comenzaron a publicarse en 2007 (World Economic Forum 2012: 5, 18). Y entre los 50 factores de riesgo considerados, se menciona como el más probable en los diez años siguientes, y uno de los seis de mayor impacto global. Partiendo del agravamiento del índice de Gini en un buen número de países, el informe alerta de que esa tendencia puede suponer la ruptura del contrato social y alimentar el populismo nacionalista y otras amenazas a la democracia. En el informe de 2013, significativamente, ese riesgo, de nuevo en primer lugar, se presenta como aún más probable, y como uno de los más relevantes en tanto factor causal de otros riesgos relacionados con fallas de gobernanza de alcance sistémico (World Economic Forum 2012: 5, 53)

Conclusiones y perspectivas: la pobreza y la desigualdad en la agenda de desarrollo post-2015

El debate académico y político sobre la agenda de desarrollo global, ya iniciado, habrá de abordar una compleja agenda que implica definir prioridades, metas, indicadores, y plazos temporales, sea a través de una revisión o prórroga de los objetivos del milenio como “ODM 2.0”, o una agenda más difusa de metas temáticas

El debate sobre la desigualdad ha dejado de ser una cuestión académica y ya está en la calle, en los medios, en la red y en el debate político, y está impulsando nuevos movimientos sociales

(Vandemortele y Delamonica 2010, Karver *et al.* 2012). Supone abordar, por ejemplo, las agendas del desarrollo social y la lucha contra la pobreza, hasta ahora centradas en los ODM; las agendas del medio ambiente y el desarrollo sostenible, emanadas de la Cumbre de Río+20; las referidas a la “seguridad humana” y la fragilidad estatal; o las que tratan la gobernanza económica global, el empleo o el “crecimiento verde”, que con la crisis económica global están siendo tratadas en el G-20. Esa complejidad responde también a un el proceso de toma de decisiones en el que están implicadas múltiples instancias, aunque finalmente remita a Naciones Unidas, y por ello no puede eludir la siempre difícil cuestión de la gobernanza global del desarrollo, que ya abordó el Foro de Alto Nivel de Busan en 2011. El ascenso de los países del Sur y la aparición de instancias como el G-20 están poniendo en cuestión el tradicional reparto de poder en este ámbito, en el que tradicionalmente han tenido una posición dominante el tándem Fondo Monetario Internacional-Banco Mundial y los países ricos donantes de ayuda, agrupados en el CAD-OCDE, y en una posición secundaria, Naciones Unidas. En ese debate, obviamente, tendrán gran relevancia las distintas visiones y aproximaciones ideológicas en disputa en la economía política global o sobre la seguridad internacional⁵.

Todas estas variables afectarán a la agenda o agendas de desarrollo global que puedan surgir en 2015, una vez expiren los ODM, y requieren de un análisis más amplio que el que se ha abordado en estas páginas. Pero de lo tratado hasta ahora cabe extraer algunas conclusiones relevantes respecto al papel de la pobreza y la desigualdad en la nueva agenda de desarrollo global post-ODM y la forma en la que debieran abordarse estas cuestiones.

El imperativo de la pobreza extrema y el hambre: pese a los logros de los ODM, en 2015 aún habrá en torno a 1.000 millones de personas sumidas en la indigencia y, unos 800 millones que padecerán hambre. Las políticas de desarrollo centradas en la ampliación de los servicios sociales básicos para los más pobres, el uso de transferencias condicionadas, y programas amplios de empleo focalizados hacia los más pobres siguen siendo, por ello, un imperativo ineludible tanto en los países más pobres, como en países renta media donde sigue habiendo población en esa situación. Por otra parte, el argumento moral y político por el que se debe abordar la lucha contra la pobreza extrema, vinculando la ayuda a las situaciones más infamantes de negación de la dignidad humana, sigue plenamente vigente, y si algo puede achacarse a los ODM al respecto es no haber sido más ambiciosos respecto a ese objetivo. Al argumento moral se le sumaría el consistente respaldo social que tendría mantener la

⁵ Hemos considerado estas cuestiones de manera más sistemática en Sanahuja 2013.

ayuda al desarrollo —así lo muestran, por ejemplo, encuestas de Eurostat de 2012—, en particular en un contexto de crisis económica en los países de la OCDE, incluso en aquellos que enfrentan los mayores problemas. Ahora bien, se requiere de una visión más amplia, que incorpore los mecanismos de apoyo y los incentivos necesarios para respaldar y alentar las políticas adoptadas por los PRM para hacer frente a esos problemas, en materia de redistribución y de reforma de políticas. De igual manera, se requiere de estrategias adaptadas a las situaciones de fragilidad y de conflicto armado en los países de menor renta, en los que la pobreza extrema, muchas veces vinculada a una elevada desigualdad, es a la vez causa y consecuencia de esas realidades. Adicionalmente, es necesaria una visión más afinada de las geografías de la pobreza extrema, asumiendo que las políticas de desarrollo no pueden reducirse a la discusión actual sobre la asignación y/o concentración de la ayuda en los países más pobres.

Políticas frente a la pobreza no extrema y la vulnerabilidad de los no pobres: Aun contando con los amplios márgenes de error de la proyecciones consideradas en este texto, hacia 2015 a la población en la pobreza extrema se le sumarán otros 1.400 millones de personas en situación de pobreza de ingreso, lo que supone en torno al 40% de la población mundial. A partir de una visión cosmopolita de los derechos de la persona, la agenda de desarrollo post-2015 debería asumir esa realidad, reconociendo su relevancia en una agenda más amplia de ciudadanía y cohesión social y de gobernanza democrática. Más allá del crecimiento y el empleo, un aspecto concreto a abordar en esa agenda es el establecimiento de políticas sociales de más amplio espectro que contribuyan a incrementar la igualdad de oportunidades y la movilidad vertical de estos grupos, y que a la vez sirvan de “red de seguridad” para las clases medias emergentes de los países en desarrollo, evitando que caigan en la pobreza en el supuesto de crisis. Ello también tiene importantes implicaciones en términos de cohesión social y de los pactos fiscales que han de sustentar las políticas sociales. Son necesarias políticas universales que supongan una red de seguridad para estos sectores, y no solo aquellas que se focalizan a los más pobres, si es que se ha de implicar a las nuevas clases medias en los “pactos fiscales” necesarios para que estas políticas puedan también cumplir con sus objetivos redistributivos. Finalmente, es necesario avanzar hacia visiones más amplias del fenómeno de la pobreza, a partir, por ejemplo, de indicadores de pobreza humana multidimensional como los ya mencionados.

La desigualdad, cuestión central de la agenda post-ODM: 2015 cerrará un ciclo de política de desarrollo en el que los éxitos alcanzados en la reducción de la pobreza no deben enmascarar el aumento de la desigualdad que se ha registrado en ese periodo. Si durante la

2015 cerrará un ciclo de política de desarrollo cuyos éxitos en la reducción de la pobreza no deben enmascarar el aumento de la desigualdad global de ese periodo

mayor parte del siglo XX la desigualdad global se explicaba por las diferencias de renta entre países, en la actualidad empiezan a ser más relevantes las crecientes disparidades sociales dentro de los países. Los datos aportados revelan un proceso global de convergencia que acerca al alza las rentas de los más ricos, sea en los países emergentes o de la OCDE; que aproxima también las rentas de los más pobres, al alza en las economías emergentes y a la baja en las avanzadas; y una “gran divergencia” que aumenta la desigualdad entre unos y otros, a escala global y al interior de la mayor parte de los países, tanto avanzados como emergentes. El aumento de los índices de desigualdad no es sino un reflejo de cambios socioeconómicos más profundos, así como en las reglas e instituciones políticas y sociales que les dan origen o han tratado de atenuarlos. Como se ha indicado, ese proceso revela un punto de inflexión histórico, con profundas implicaciones sociales y políticas, y riesgos evidentes para la democracia, tanto para su dimensión social y de derechos, como en términos de gobernabilidad democrática y estabilidad política. No se trata de procesos o hechos inevitables, y en gran medida son el resultado de opciones políticas, que también la política puede revertir, como ya ocurrió en el periodo de posguerra.

La experiencia del periodo de vigencia de los ODM revela hasta que punto se descuidó la desigualdad en la definición y aplicación de esos objetivos. Solo uno de los indicadores referidos a la pobreza extrema se ocupaba de la desigualdad, y en la práctica no se le ha prestado atención. Los datos de los informes de desarrollo humano del PNUD han mostrado, año tras año, que los indicadores relevantes para los ODM eran sistemáticamente peores para ciertos grupos, y que la desigualdad suponía un lastre importante para el desarrollo humano. Esa experiencia, por otro lado, revela que desconocer la desigualdad y sus distintas manifestaciones —de ingreso, así como de género, etnia, casta o de carácter espacial— por países o regiones afecta negativamente a la reducción de la pobreza y reduce el crecimiento económico. Durante años, la visión dominante asumía una correlación positiva entre desigualdad y crecimiento, fuera por lógicas de acumulación de capital, o como incentivo. Sin embargo, en las dos últimas décadas se ha cuestionado esa correlación (Banerjee y Duflo 2003), y se han ido acumulando estudios que indican lo contrario: que la elevada desigualdad de ingresos afecta negativamente a la igualdad de oportunidades, y es ineficiente desde el punto de vista de la inversión en capital humano. Y si el argumento de la eficiencia económica no fuera suficiente, hay que añadir los efectos dañinos de la desigualdad para la cohesión social y la legitimidad democrática, y deviene factor causal de la inseguridad y la violencia (Kabeer 2010: 16, 45; Kwasi 2011; Berg y Ostry 2011).

Todo ello supone una racionalidad “fuerte” para situar la desigualdad en el centro de la agenda post-2015. Así lo señala el informe del Grupo de Trabajo de Naciones Unidas sobre la agenda de desarrollo post-2015 (Naciones Unidas 2012b: 33). Lo han demandado también 90 especialistas en desarrollo de renombre en una carta de marzo de 2013 dirigida al Panel de Alto Nivel de Naciones Unidas sobre los objetivos post-2015, que reclaman que se sitúe en el centro de esa agenda tanto la desigualdad entre países como al interior de los países. Es también uno de los principales “mensajes” del informe europeo de desarrollo de 2013 (European Union 2013: xxv, 23). Para ello será necesario reconocer el alcance de la cuestión —tanto en lo referido a la desigualdad de renta, como a las dimensiones “horizontales” de género, etnia o casta (Kabeer 2010: 16-18), y a la desigualdad de oportunidades—, e indicadores más capaces de capturar esas dimensiones. Utilizar el Gini tiene las obvias ventajas de la simplicidad y la universalidad, aunque también se ha propuesto introducir la desigualdad como factor corrector de otros indicadores de progreso, o bien definir metas basadas en mínimos universales que aseguren que nadie queda atrás (Melamed 2012). La “carta de los noventa” propone, en concreto, utilizar el “Índice Palma” en vez del Gini, alcanzando entre 2010 y 2030 una “ratio Palma” en la que el 10% de la población más rica no acumule más renta que el 40% de la población más pobre.

La pobreza y la desigualdad como problema de desarrollo global, y no de relaciones Norte-Sur: los procesos de globalización suponen una creciente desterritorialización y “desnacionalización” de los procesos de desarrollo, cada vez más vinculados a dinámicas y fuerzas transnacionales. Estos procesos explican el ascenso del Sur y los países emergentes, pero al mismo tiempo suponen un aumento de las interdependencias y limitan la capacidad de los Estados y de las políticas adoptadas en los marcos nacionales afrontar la pobreza y la desigualdad y promover la cohesión social, que afecta tanto a las viejas potencias como a los países emergentes. El reconocimiento de esos hechos comporta una agenda más amplia e inclusiva, que reconozca el carácter transnacional de los problemas del desarrollo y trascienda el viejo modelo de cooperación y ayuda Norte-Sur. Como nuevo esquema de gobernanza global del desarrollo, definiría una agenda relevante para todos los países: tanto para los avanzados como para los países emergentes; y tanto para los de renta media, como para los más pobres. Con ello, se generarían incentivos para la implicación de todos ellos, así como mecanismos que permitan su participación, y al tiempo, que encaucen la contribución de otros actores no estatales (European Union 2013: 23). Esa agenda ha de partir de la premisa de que el desarrollo es una problemática global, que no se limita a la reducción de la pobreza extrema, aunque la contemple como prioridad. Ha de contemplar la pobreza no extrema y la desigualdad, así como otros “riesgos globales” con incidencia en el desarrollo.

El desarrollo es una problemática global, que no se limita a la reducción de la pobreza extrema o a los países más pobres, aunque los contemple como prioridad

Representaría, por ello, una visión de la cooperación al desarrollo como marco de gobernanza global y como “pacto” o “contrato” social emergente, de alcance transnacional, una vez que la globalización condiciona la viabilidad de los pactos sociales nacionales de posguerra, sea en su forma de Estado de bienestar en los países ricos, o en su reformulación contemporánea en los países emergentes.

Ello no significa que el Estado nación deje de ser relevante, pero en un contexto en el que los problemas del desarrollo tienen alcance transnacional, su efectividad dependerá en gran medida de que su actuación se inserte en marcos de acción colectiva internacional. Ello comporta exigencias en materia de regulación de las finanzas globales y de estabilidad macroeconómica y financiera internacional; del comercio, la financiación del desarrollo —incluyendo los flujos privados, la ayuda oficial o las remesas—; de acceso a la tecnología; de medio ambiente y sostenibilidad; y de seguridad humana, a través de un multilateralismo eficaz. A su vez, ello debería generar un contexto favorable para las políticas nacionales en materia de equilibrios macroeconómicos y crecimiento inclusivo, con políticas para asegurar medios de vida y empleo decente; una fiscalidad y un gasto social más progresivo y eficaz para asegurara una protección social amplia y efectiva; mayor acceso a los activos productivos y el conocimiento, y marcos legales y medidas de acción afirmativa que hagan frente a la exclusión y la desigualdad de acceso y oportunidad. Un marco post-ODM efectivo podría establecer metas respecto a los resultados, pero también establecer exigencias e incentivos respecto a las políticas, utilizando objetivos voluntarios de referencia (*benchmarking*) y la evaluación mutua o entre pares (*peer review*) como hace con cierta efectividad la Unión Europea con el “Método Abierto de Coordinación” de su política social y de empleo, o el G-20 con el *Mutual Assessment Process* iniciado en 2011 en Seúl.

Se trata, en suma, de la gestación de una nueva asociación global para el desarrollo, entendida como redefinición cosmopolita del contrato social: la experiencia de los ODM revela que la influencia de las metas de desarrollo depende de la combinación de los acuerdos multilaterales, en su doble papel de normas y de marco de incentivos, y de las políticas nacionales que respondan a ese marco. El marco post-ODM debería conformarse como una gobernanza multinivel del desarrollo —que a su vez remite a una concepción cosmopolita de la ciudadanía—, que combine adecuadamente los compromisos y mecanismos multilaterales y las políticas nacionales. Todo ello, en tanto renovación del contrato social, vincula los derechos propios de una concepción amplia de la ciudadanía, la cohesión social, y la gobernanza global del desarrollo, en un nuevo diseño de políticas que no puede limitarse ya a las agendas minimalistas de los ODM, que sin menoscabo de su relevancia son ya más un reflejo de una época que terminó, que un diseño adecuado para el futuro.

Referencias bibliográficas

- Alkire, S. y Santos, M. E. (2010). "Acute Multidimensional Poverty: A New Index for Developing Countries", *OPHI Working Paper* n° 38
- Alkire, S. y Sumner, A. (2013). *Multidimensional Poverty and the Post-2015 MDGs*. Oxford: Oxford Poverty and Human Development Initiative (OPHI), febrero
- Anand, S. y Sen, A. (1997). "Concepts of Human Development and Poverty: A Multidimensional Perspective", Nueva York: PNUD, Human Development Papers
- Autor, D., Dorn, D. y Hanson, G. (2012). "The China Syndrome: Local Labor Market Effects of Import Competition in the United States", Cambridge: NBER working paper n° 18.054, mayo
- Banco Mundial (2011a). *Conflict, Security and Violence. World Development Report 2011*, Washington DC: World Bank
- Banco Mundial (2011b). "Introduction", *Inequality in Focus* n° 1, abril
- Banco Mundial (2012). *Global Monitoring Report 2012*, Washington DC: World Bank
- Banerjee, A. y Dufo, E. (2003). "Inequality and Growth. What can the Data Say?". *Journal of Economic Growth* vol. 8, n° 3, pp. 267-299
- Berg, A. y Ostry, J. (2011). *Inequality and Unsustainable Growth: Two Sides of the Same Coin?*. Washington DC: IMF, abril
- Bourguignon, F. y Morrison, C. (2002). "Inequality among world citizens", *American Economic Review* vol. 92 n° 4, pp. 727-744
- Bourguignon, F. (2012). *La mondialisation de l'inégalité*, París: Seuil
- Chen, S. y Ravallion, M. (2010). "The Developing World is Poorer than we Thought, but no less Successful in the Fight against Poverty", *Quarterly Journal of Economics*, vol. 125, n° 4, pp. 1.577-1.625
- Chen, S. y Ravallion, M. (2012). *An update to the World Bank's estimates of consumption poverty in the developing world*, Washington DC: World Bank
- Chandy, L. y Gertz, G. (2011a). *Poverty in Numbers. The Changing State of Global Poverty from 2005 to 2015*. Washington DC: Brookings Institution
- Chandy, L. y Gertz, G. (2011b). "Two Trends in Global Poverty", Washington DC: Brookings Institution, mayo
- Cobham, (2013). *Putting Gini back in the bottle. The 'Palma' as a policy-relevant measure of inequality*. Londres: King's College, 13 de marzo (mimeo)
- Cornia, G. A. (2012). *Inequality Trends and their Determinants. Latin America over 1990-2010*. Helsinki: United Nations University WIDER working paper n° 2012/09, enero
- European Union (2013). *European Development Report 2012. Post-2015: Global Action for an Inclusive and Sustainable Future*. Bruselas: Unión Europea
- Ferreira, F. (2012). "Inequality of Opportunity Around the World: What Do We Know So Far?", *Inequality in focus* n° 1, World Bank, abril, pp. 8-11
- Goldin, C. y Margo, A. (1992). "The Great Compression: The Wage Structure in the United States at Mid-century", *Quarterly Journal on Economics*, vol. 107, n° 1, pp. 1-34
- Gordon, D. y Townsend, P. (2000). "Measuring absolute and overall poverty", en Townsend, P. (ed.), *Breadline Europe*, Bristol: Policy Books, pp. 49-78
- Intermón Oxfam (2012). *Crisis, desigualdad y pobreza. Aprendizajes del mundo en desarrollo ante los recortes sociales en España*. Madrid: Intermón Oxfam, estudio n° 32, diciembre
- Kabeer, N. (2010). *¿Son los ODM el camino hacia la justicia social? El desafío de la intersección de las desigualdades*. Nueva York: IDS/PNUD/Fondo para el logro de los ODM

- Karver, J.; Kenny, C. y Sumner, A. (2012). *MDGs 2.0: What Goals, Targets, and Timeframe?*, Washington DC: Center for Global Development, Working Paper n° 29
- Khanna, P. (2009). *The Second World: How Emerging Powers Are Redefining Global Competition in the Twenty-first Century*. Nueva York: Random House
- Kharas, H. (2010). *The Emerging Middle Class in Developing Countries*. París: OECD Development Center Working Paper 285.
- Kharas, H. y Rogerson, A. (2012). *Horizon 2015. Creative destruction in the aid industry*, Londres: Overseas Development Institute (ODI)
- Krugman, P. (2007). *The Conscience of a Liberal*, Nueva York: W. W. Norton
- Kwasi, A. (2011). *Growth, Inequality, and Poverty Reduction in Developing Countries. Recent Global Evidence*. Helsinki: UNU-WIDER working paper 2011/01, enero
- López-Calva, L. F., y Ortiz-Juárez, E. (2011). *A vulnerability approach to the definition of the Middle Class*, World Bank, Policy Research working paper n° 5902, diciembre
- Lustig, N., López-Calva, L., y Ortiz-Juárez, E. (2012). *Declining Inequality in Latin America in the 2000s. The cases of Argentina, Brazil and Mexico*. Washington DC: Centre for Global Development, working paper n° 307, octubre
- Mahbubani, K. (2009). *The New Asian Hemisphere. The Irresistible Shift of Global Power to the East*. Nueva York: Public Affairs
- Melamed, C. (2012). *Putting inequality in the post-2015 picture*, Londres: Overseas Development Institute, marzo
- Milanovic, B. (2006). *La era de las desigualdades. Dimensiones de la desigualdad internacional y global*, Madrid: Sistema
- Milanovic, B. (2011) "Desigualdad: ¿Más o menos?", *Finanzas y Desarrollo*, septiembre, pp. 6-11
- Milanovic, B. (2012a). "Global inequality recalculated and updated: the effect of new PPP estimates on global inequality and 2005 estimates", *Journal on Economic Inequality* n° 10, pp. 1-18
- Milanovic, B. (2012b). *Los que tienen y los que no tienen: breve y particular historia de la desigualdad global*, Alianza Editorial: Madrid
- Melamed, C. (2012). *Putting inequality in the post-2015 picture*, Londres, Overseas Development Institute (ODI), marzo
- Naciones Unidas (2010). *El progreso de América Latina y el Caribe hacia los Objetivos de Desarrollo del Milenio. Desafíos para lograrlos con igualdad*. Santiago de Chile: CEPAL, LC/G.2560, abril
- Naciones Unidas (2012a). *Objetivos de Desarrollo del Milenio. Informe de 2012*, Nueva York: Naciones Unidas
- Naciones Unidas (2012b). *El futuro que queremos para todos. Informe al Secretario General*, Nueva York: Naciones Unidas, UN System Task Team on the Post-2015 Development Agenda
- Naciones Unidas (2013). *Desarrollo sostenible en América Latina y el Caribe. Seguimiento de la agenda de las Naciones Unidas para el desarrollo post-2015 y Río+20*. Santiago de Chile: CEPAL, LC/L.3590, marzo
- Noah, T. (2012). *The Great Divergence: America's Growing Inequality Crisis and What We Can Do about It*, Nueva York: Bloomsbury Press
- OCDE (2008). *Growing Unequal? Income Distribution and Poverty in OECD Countries*, París: OECD
- OCDE (2010). *Perspectives on Global Development 2010: Shifting Wealth*. París: Development Centre, OECD
- OCDE (2011a). *Divided We Stand. Why Inequality Keeps Rising*, París: OCDE
- OCDE (2011b). *Perspectives on Global Development 2012: Social Cohesion in a Shifting World*. París: Development Centre, OECD

Olinto, P. y Saavedra, J. (2012). "An overview of global income inequality", *Inequality in focus* nº 1, World Bank, abril, pp. 1-4

Palma, J.G. (2011). "Homogeneous Middles vs. Heterogeneous Tails, and the End of the "Inverted-U": It's All About the Share of the Rich", *Development and Change* vol. 42, nº 1, pp. 87-153

Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (2013). *El ascenso del Sur. Progreso humano en un mundo diverso. Informe sobre desarrollo humano 2013*. Nueva York: PNUD

Rajan, R. (2010). *Fault Lines: How Hidden Fractures Still Threaten the World Economy*, Princeton: Princeton University Press

Rodrik, D. (2011), *La paradoja de la globalización. Democracia y el futuro de la economía mundial*. Barcelona: Antoni Bosch

Sanahuja, J. A. (2011). "Entre los Objetivos de Desarrollo del Milenio y la cooperación Sur-Sur: actores y políticas de la ayuda al desarrollo en América Latina y el Caribe", *Pensamiento Iberoamericano* nº 8, pp. 195-222

Sanahuja, J. A. y Schünemann, J. (2012). "El nexo seguridad-desarrollo: entre la construcción de la paz y la securitización de la ayuda", en Sanahuja, J. A. (Coord.), *Construcción de la paz, seguridad y desarrollo. Visiones, políticas y actores*. Madrid, ICEI/Editorial Complutense, pp. 17-70

Sanahuja, J. A. (2013). "Más allá de 2015: visiones y escenarios del desarrollo global y las políticas de ayuda", en Domínguez, R. y Tezanos, S. (Coords.), *Desafíos de los Estudios del Desarrollo: Actas del I Congreso Internacional de Estudios del Desarrollo*, Santander: Red Española de Estudios de Desarrollo/Universidad de Cantabria (en prensa)

Stiglitz, J. (2012). *El precio de la desigualdad*, Madrid: Taurus

Sumner, A. (2010). *Global Poverty and the New Bottom Billion. What if three-Quarters of the World's Poors live in Middle Income Countries?* Sussex: Institute for Development Studies (IDS), working paper, septiembre

Sumner, A. (2012a). *Where Do The World's Poor Live? A New Update*, Sussex: Institute for Development Studies (IDS), working paper nº 293, junio

Sumner, A. (2012b) *Where Will the World's Poor Live? An Update on Global Poverty and the New Bottom Billion*, Washington DC: Center for Global Development, working paper nº 305, septiembre

Sumner, A. (2012c). The Buoyant Billions: How "Middle Class" Are the New Middle Classes in Developing Countries? (And Why Does It Matter?), Washington DC: Center for Global Development, working paper nº 309, octubre

Sumner, A. y Tezanos, S. (2012). *Beyond Low and Middle Income Countries: What if There Were Five Clusters of Developing Countries*. Sussex: Institute for Development Studies (IDS), working paper nº 404, septiembre

Tezanos, S. (2011). "Más allá de 2015: Objetivos de Desarrollo del Milenio y desafíos para la nueva agenda internacional de Desarrollo", *Sistema, Revista de Ciencias Sociales*, nº 220-221, págs. 33-58

The Economist (2011a). "The Few. A Survey on Global Leaders", *The Economist*, 11 de enero

The Economist (2011b). "MIFFed by misrule", *The Economist*, 21 de Julio

The Economist (2012a). "A fall to cheer. For the first time ever, the number of poor people is declining everywhere", 3 de marzo

The Economist (2012b). "The geography of poverty. Working out how to help the world's poorest depends on where they live", *The Economist*, 1 de septiembre

The Economist (2012c). "For richer, for poorer. Special report on the world economy", *The Economist*, 13 de octubre

Vandemoortele, J. y Delamonica, E. (2010), "Taking the MDGs beyond 2015: Hasten Slowly", *IDS Bulletin* vol. 41, nº 1, pp. 60-69

Wade, R. (2001). "Winners and Losers", *The Economist*, 28 de abril, pp. 79-82

World Economic Forum (2012). *Global Risks 2012 (Seventh Edition)*, Ginebra: World Economic Forum (WEF)

World Economic Forum (2013). *Global Risks 2013 (Eight Edition)*, Ginebra: World Economic Forum (WEF)